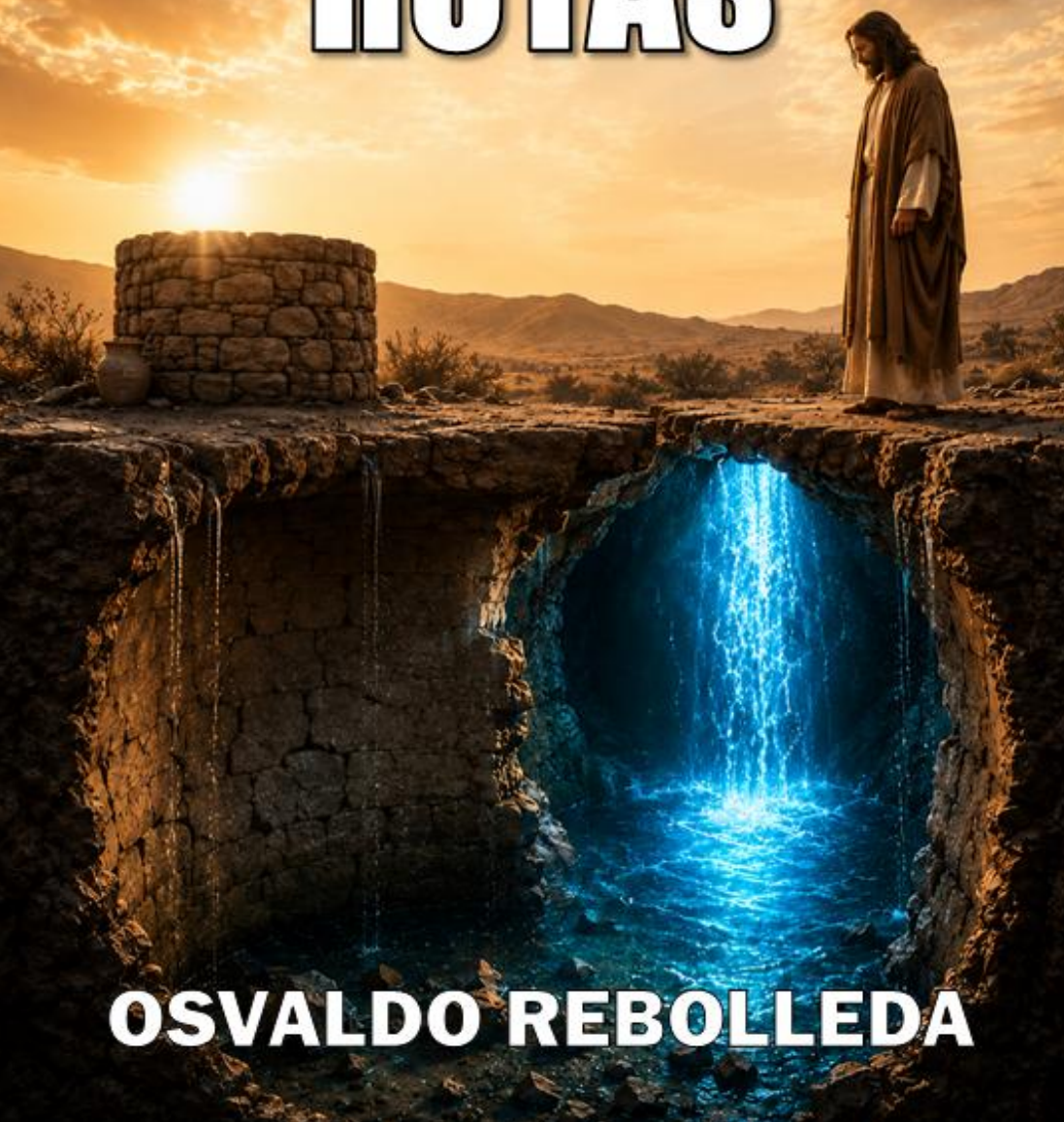


# CISTERNAS ROTAS



**OSVALDO REBOLLEDA**

# **CISTERNAS ROTAS**

**“Una invitación a volver a la fuente de vida”**



**OSVALDO REBOLLEDA**

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica **IA -**

Diseño de portada: **EGEAD - IA -**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# CONTENIDO

|                          |          |
|--------------------------|----------|
| <b>Introducción.....</b> | <b>5</b> |
|--------------------------|----------|

## PARTE I:

### EL DRAMA DE HABER ABANDONADO LA FUENTE

Capítulo uno:

|                                                          |           |
|----------------------------------------------------------|-----------|
| <b>Cuando Dios llama dos males a un solo pecado.....</b> | <b>11</b> |
|----------------------------------------------------------|-----------|

Capítulo dos:

|                                                                   |           |
|-------------------------------------------------------------------|-----------|
| <b>La tragedia de cambiar lo infinito por lo insuficiente....</b> | <b>19</b> |
|-------------------------------------------------------------------|-----------|

Capítulo tres:

|                                        |           |
|----------------------------------------|-----------|
| <b>Cómo se rompe una cisterna.....</b> | <b>28</b> |
|----------------------------------------|-----------|

## PARTE II:

### LAS CISTERNAS DE NUESTRA GENERACIÓN

Capítulo cuatro:

|                                                                |  |
|----------------------------------------------------------------|--|
| <b>Cuando el mundo promete lo que solo Dios puede dar...38</b> |  |
|----------------------------------------------------------------|--|

Capítulo cinco:

|                                 |           |
|---------------------------------|-----------|
| <b>La idolatría del yo.....</b> | <b>46</b> |
|---------------------------------|-----------|

Capítulo seis:

|                                                                 |  |
|-----------------------------------------------------------------|--|
| <b>Una generación entretenida espiritualmente sedienta...55</b> |  |
|-----------------------------------------------------------------|--|

Capítulo siete:

|                                                           |           |
|-----------------------------------------------------------|-----------|
| <b>Cuando el ministerio se convierte en cisterna.....</b> | <b>64</b> |
|-----------------------------------------------------------|-----------|

## PARTE III:

### EL ENCUENTRO CON LA FUENTE

|                                                 |    |
|-------------------------------------------------|----|
| Capítulo ocho:                                  |    |
| <b>El hombre que volvió a ofrecer agua viva</b> | 73 |
| Capítulo nueve:                                 |    |
| <b>Lo que ninguna cisterna puede producir</b>   | 81 |
| Capítulo diez:                                  |    |
| <b>Diferencia entre depósito y manantial</b>    | 89 |

#### PARTE IV:

#### APRENDER A VIVIR DESDE LA FUENTE

|                                                    |     |
|----------------------------------------------------|-----|
| Capítulo once:                                     |     |
| <b>Permanecer en Cristo</b>                        | 98  |
| Capítulo doce:                                     |     |
| <b>Cuando Dios vuelve a ocupar el primer lugar</b> | 106 |
| Capítulo trece:                                    |     |
| <b>Beber cada día</b>                              | 114 |

#### PARTE V:

#### UNA IGLESIA QUE DEJA DE ACARREAR AGUA

|                                    |     |
|------------------------------------|-----|
| Capítulo catorce:                  |     |
| <b>De consumidores a canales</b>   | 123 |
| Capítulo quince:                   |     |
| <b>El mundo sigue teniendo sed</b> | 132 |
| Capítulo dieciséis:                |     |
| <b>La Fuente sigue abierta</b>     | 140 |
| <b>Conclusión</b>                  | 146 |
| <b>Reconocimientos</b>             | 151 |
| <b>Sobre el autor</b>              | 153 |

# INTRODUCCIÓN

De la misma manera en la que comencé varios de mis libros, debo señalar que vivimos en una generación que nunca había tenido tanto y, sin embargo, pocas veces había experimentado una sed tan profunda. El progreso tecnológico ha multiplicado las posibilidades; el conocimiento se encuentra al alcance de un clic; la información circula a una velocidad impensada para generaciones anteriores y las opciones para entretenerse, consumir o alcanzar reconocimiento parecen infinitas. Sin embargo, debajo de toda esa abundancia exterior continúa latiendo una realidad que ningún avance humano ha logrado resolver: el corazón del hombre sigue teniendo sed.

Quizá esa sea una de las grandes paradojas de nuestro tiempo. Cuanto más recursos posee la humanidad para satisfacer sus deseos, más evidente se vuelve el vacío que habita en su interior. Nunca hubo tantas alternativas para distraerse y, al mismo tiempo, nunca resultó tan difícil encontrar descanso. Nunca se habló tanto de bienestar emocional y realización personal, mientras la ansiedad, la desesperanza, la depresión y la sensación de vacío avanzan silenciosamente sobre millones de vidas.

La Escritura nos enseña que esta condición no es nueva. Lo que cambia son las formas, pero no la raíz del problema. Desde el principio de la historia bíblica, Dios presenta al hombre como un ser creado para vivir unido a Él.

La vida nunca fue concebida para sostenerse de manera independiente, porque la existencia encuentra su plenitud únicamente cuando permanece conectada con su Creador. Así como una rama no puede producir fruto separada del árbol, tampoco el ser humano puede hallar verdadera satisfacción lejos de Aquel que es la fuente misma de la vida.

Por esa razón, uno de los símbolos más hermosos que atraviesan toda la Biblia es el agua. No aparece de manera casual ni como un simple recurso poético. Constituye una de las imágenes más profundas del propósito eterno de Dios.

En el principio, un río salía del Edén para regar el huerto que el Señor había preparado para el hombre (**Génesis 2:10**). Más adelante, cuando Israel atravesaba el desierto, Dios hizo brotar agua de una roca para sostener a un pueblo incapaz de producir vida por sus propios medios (**Éxodo 17:6**). Siglos después, el profeta Jeremías escuchó una de las declaraciones más conmovedoras del corazón de Dios:

***“Porque dos males, ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua.”***

Jeremías 2:13

Aquellas palabras no fueron pronunciadas únicamente para una nación antigua. Constituyen una radiografía del corazón humano en todas las generaciones. Allí donde el hombre abandona a Dios, inevitablemente comienza a construir sustitutos. Donde deja de beber de la Fuente, intenta

fabricar depósitos que le permitan sobrevivir. El problema es que ninguna cisterna construida por manos humanas puede reemplazar el agua viva que únicamente procede del Señor.

Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, la historia de la redención puede contemplarse como la historia de una Fuente que jamás dejó de buscar a los sedientos. Aunque el hombre se apartó una y otra vez, Dios nunca dejó de salir a su encuentro. Aunque la humanidad cavó innumerables cisternas, el cielo jamás dejó de ofrecer agua viva. Esa persistencia divina revela el corazón de un Padre que no se resigna a perder a sus hijos ni acepta que vivan alimentándose de aquello que nunca podrá darles vida.

Este libro nace precisamente alrededor de esa verdad. No pretende ser un tratado sobre idolatría en el sentido clásico de la palabra, porque muchos de los ídolos contemporáneos no poseen templos, altares ni imágenes de piedra. Se presentan bajo formas mucho más sofisticadas y, por esa misma razón, más difíciles de reconocer.

Algunas cisternas llevan el nombre de éxito; otras se llaman seguridad, reconocimiento, prosperidad, placer, conocimiento, ministerio o incluso religiosidad. Existen personas que abandonaron a Dios persiguiendo el dinero, mientras otras lo hicieron intentando construir una imagen espiritual admirable delante de los hombres. Las cisternas cambian de apariencia según la época, pero todas comparten la misma incapacidad: ninguna puede retener el agua que el alma necesita.

Quizá el mayor peligro de una cisterna no sea que esté vacía, sino que consiga mantenernos ocupados el tiempo suficiente para impedirnos reconocer nuestra verdadera sed. Mientras el corazón continúe creyendo que encontrará satisfacción en aquello que fabrica con sus propias manos, difícilmente volverá sus ojos hacia la Fuente verdadera. Por eso Jeremías no denuncia solamente un pecado de conducta; descubre una tragedia mucho más profunda: el intercambio de la vida por las imitaciones de la vida.

Sin embargo, el propósito de estas páginas no es detenernos en el diagnóstico. Dios nunca revela una enfermedad para abandonar al enfermo, sino para conducirlo hacia la restauración. La denuncia profética siempre estuvo acompañada por la esperanza de la gracia. Si el hombre abandonó la Fuente, la buena noticia del Evangelio es que la Fuente nunca ha dejado de brotar.

A medida que avancemos en este recorrido, veremos cómo las palabras pronunciadas por Jeremías iluminan nuestra cultura con una claridad sorprendente. Descubriremos las múltiples cisternas que ofrece nuestra generación, comprenderemos por qué resultan tan seductoras y, sobre todo, volveremos a contemplar la extraordinaria suficiencia de Cristo, quien no vino simplemente a mejorar la vieja vida del hombre, sino a convertirse Él mismo en la vida del hombre.

Nuestro anhelo no será únicamente comprender un pasaje bíblico, sino permitir que el Espíritu Santo examine

nuestro corazón. Todos, en mayor o menor medida, corremos el riesgo de abandonar silenciosamente la Fuente mientras seguimos sosteniendo una apariencia de espiritualidad. Todos necesitamos volver una y otra vez al único lugar donde la sed encuentra descanso.

Tal vez, al comenzar este libro, no se consideren personas sedientas. Quizá piensen que sus vidas espirituales marchan correctamente, que el servicio que realizan a Dios permanece firme o que el conocimiento bíblico resulta suficiente. Pero si permiten que la Palabra haga su obra, pueden llegar a descubrir que el Señor no ha dejado de invitarlos a beber más profundamente de Él. La vida cristiana nunca consistió en conservar agua almacenada, sino en permanecer unidos a una Fuente que nunca deja de fluir.

Ese será el viaje que emprenderemos juntos. Comenzaremos contemplando el drama de un pueblo que abandonó la Fuente de aguas vivas, recorreremos las múltiples cisternas que siguen cautivando al corazón humano, nos encontraremos con Jesucristo, el único capaz de saciar la sed del alma, aprenderemos a vivir diariamente desde esa Fuente y terminaremos descubriendo que la Iglesia no fue llamada a transportar agua en recipientes, sino a convertirse en un río por medio del cual Dios continúa llevando vida a un mundo que aún tiene sed.

Porque mientras exista un solo corazón sediento sobre la tierra, la invitación del Evangelio seguirá siendo la misma: ***“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba...”***

## PARTE I

# **EL DRAMA DE HABER ABANDONADO LA FUENTE**

## Capítulo uno

# **CUANDO DIOS LLAMÓ DOS MALES A UN SOLO PECADO**

Existen pasajes de la Escritura que, por la fuerza de sus palabras, parecen detener el curso de la historia para permitirnos escuchar el latido mismo del corazón de Dios. **Jeremías 2** es uno de ellos. No se trata simplemente de una denuncia profética ni de una severa reprensión dirigida a un pueblo rebelde. Detrás de cada expresión aparece el dolor de un Dios que contempla cómo aquellos a quienes había amado, rescatado y conducido con infinita paciencia decidieron alejarse de la única fuente capaz de sostener sus vidas.

Las palabras del profeta fueron pronunciadas en uno de los períodos más críticos de la historia de Judá. El reino caminaba lentamente hacia el exilio babilónico. Durante décadas, Dios había enviado profetas, había levantado reyes piadosos, había concedido oportunidades de arrepentimiento y había soportado con admirable paciencia la constante infidelidad de su pueblo. Sin embargo, la decadencia espiritual se había vuelto cada vez más profunda.

La idolatría ya no era un pecado ocasional, sino una forma de vida. Las naciones vecinas habían dejado de ser simplemente pueblos extranjeros para convertirse en modelos dignos de imitación. Israel seguía conservando el templo, los sacrificios y muchas de sus ceremonias religiosas, pero el corazón hacía tiempo que había comenzado a alejarse del Señor.

Esta realidad confirma una verdad que atraviesa toda la revelación bíblica: la apostasía nunca comienza con el abandono de las prácticas religiosas; comienza mucho antes, en el interior del corazón. Es posible mantener una estructura espiritual aparentemente saludable mientras la comunión con Dios se va debilitando silenciosamente. Los hombres suelen percibir la crisis cuando aparecen sus consecuencias visibles, pero Dios la detecta mucho antes, porque Él examina aquello que ningún ser humano puede ver.

Por eso el Señor inicia este capítulo de Jeremías recordando los primeros días de la relación con Israel. ***“Anda y clama a los oídos de Jerusalén, diciendo: Así dice Jehová: Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio, cuando andabas en pos de mí en el desierto, en tierra no sembrada”*** (Jeremías 2:2).

Resulta conmovedor observar que, antes de hablar del pecado, Dios habla del amor. Antes de denunciar la infidelidad, recuerda la intimidad que alguna vez existió. Antes de anunciar el juicio, hace memoria de la relación que Él mismo había establecido con su pueblo.

Esta manera de obrar revela un aspecto profundamente importante del carácter divino. Dios nunca reduce al hombre a la suma de sus errores. Él siempre mira la historia desde la perspectiva del propósito eterno. Aun cuando Israel había caído repetidamente, el Señor seguía recordando aquello para lo cual lo había escogido. El pecado había dañado la comunión, pero no había borrado el amor con el cual Dios había iniciado aquella relación.

El lenguaje utilizado por Jeremías posee una enorme riqueza. Dios compara la relación con Israel con un matrimonio. Habla del amor de los días del desposorio, de aquella etapa en la que el pueblo dependía completamente de Él durante la travesía por el desierto.

Humanamente hablando, el desierto era el lugar menos apropiado para sobrevivir. No había agricultura, reservas de agua ni posibilidades de abastecimiento. Sin embargo, precisamente allí Israel aprendió que la vida no dependía de sus recursos, sino de la fidelidad del Dios que caminaba en medio de ellos.

No deja de resultar significativo que Dios recuerde con ternura precisamente la etapa en la que el pueblo poseía menos cosas. Muchas veces suponemos que la abundancia fortalece nuestra espiritualidad, cuando la experiencia bíblica demuestra que, con frecuencia, ocurre exactamente lo contrario. Mientras Israel dependía completamente del Señor, experimentaba diariamente Su provisión. Cuando

comenzó a sentirse fuerte, estable y autosuficiente, también comenzó a olvidar el origen de todas sus bendiciones.

Moisés había advertido este peligro muchos años antes. ***“Cuidate de no olvidarte de Jehová tu Dios... no suceda que comas y te sacies, y edifiques buenas casas en que habites... y se enorgullezca tu corazón, y te olvides de Jehová tu Dios” (Deuteronomio 8:11 al 14).***

El problema nunca fue la prosperidad. El verdadero peligro consistía en permitir que la prosperidad produjera independencia. La bendición dejaba de conducir al agradecimiento para transformarse en una ilusión de autosuficiencia. Cuando el hombre comienza a creer que puede sostener su vida sin Dios, ya ha iniciado el camino que inevitablemente lo llevará a construir sus propias cisternas.

Después de recordar el amor de los primeros tiempos, el Señor formula una pregunta que continúa atravesando los siglos con la misma fuerza: ***“¿Qué maldad hallaron en mí vuestros padres, que se alejaron de mí?” (Jeremías 2:5).***

No es una pregunta nacida de la ignorancia. Dios conoce perfectamente el corazón humano. Tampoco intenta obtener información que desconozca. Es una pregunta destinada a producir convicción. El Señor obliga al hombre a enfrentarse con una realidad incómoda: nunca existió una razón legítima para abandonarlo.

¡Qué diferente resulta esta perspectiva de la manera en que solemos interpretar nuestras propias crisis espirituales! Con frecuencia atribuimos nuestro alejamiento a las circunstancias, a las heridas, a las decepciones o a las personas. Sin negar que todas ellas puedan influir profundamente en la vida, la pregunta de Dios sigue permaneciendo en pie: ***“¿Qué maldad hallaron en mí?”***. En otras palabras, ¿en qué momento dejé de ser suficiente para ustedes? ¿Cuándo descubriste que Mi amor ya no alcanzaba? ¿Cuándo Mi fidelidad dejó de satisfacer tu corazón?

La respuesta es evidente: jamás ocurrió tal cosa. No fue Dios quien dejó de ser suficiente; fue el corazón humano el que comenzó a buscar satisfacción en otros lugares. Entonces aparece una de las declaraciones más impactantes de todo el Antiguo Testamento:

***“Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua.”***

Jeremías 2:13

A primera vista pareciera que Dios está mencionando dos pecados independientes. Sin embargo, cuanto más atentamente observamos el texto, más comprendemos que se trata de un mismo proceso espiritual contemplado desde dos perspectivas inseparables.

Nadie abandona la Fuente para quedarse sin agua. Toda persona que se aleja de Dios busca otra forma de

satisfacer aquello que solamente Dios puede llenar. El corazón humano fue creado para depender de una fuente de vida. Si deja de beber de Cristo, inevitablemente comenzará a beber de otra parte. Éste es el verdadero drama de la idolatría.

Muchas veces reducimos la idolatría a la adoración de imágenes o dioses paganos. Sin embargo, la Escritura la presenta de una manera mucho más profunda. Un ídolo es cualquier realidad a la cual el corazón atribuye la capacidad de producir la vida, la seguridad, la identidad, la paz o la satisfacción que únicamente pueden encontrarse en Dios.

Por eso las dos acciones descritas por Jeremías siempre aparecen unidas. Primero se abandona la Fuente; después se construye una cisterna. Nadie permanece mucho tiempo en el vacío. El alma necesita adorar, necesita confiar, necesita descansar en algo. Si deja de hacerlo en Dios, inevitablemente lo hará en cualquier otra cosa.

Aquí encontramos uno de los principios espirituales más importantes que recorrerán todo este libro: el mayor problema del ser humano no es simplemente el pecado, sino aquello con lo que intenta reemplazar a Dios.

Esta verdad atraviesa toda la historia bíblica. En el Edén, la serpiente no ofreció simplemente un fruto; ofreció independencia. En Babel, los hombres no construyeron solamente una torre; edificaron un sistema que pretendía alcanzar el cielo sin depender del Creador. En el desierto,

Israel no fabricó únicamente un becerro de oro; buscó una presencia divina que pudiera controlar según sus propios deseos. Siempre ocurre lo mismo. Detrás de cada idolatría se esconde el intento de vivir separados de la Fuente.

Pero la denuncia de Jeremías contiene todavía un detalle que vuelve aún más dramática la escena. Dios no habla de cisternas eficientes, sino de “cisternas rotas”.

En aquellas regiones áridas del antiguo Oriente una cisterna representaba una obra de enorme esfuerzo. Era necesario cavar profundamente la roca, revestir sus paredes y esperar las lluvias para almacenar agua. Sin embargo, una mínima grieta bastaba para perder todo el contenido acumulado.

La imagen resulta extraordinariamente precisa. Todo aquello que el hombre construye al margen de Dios exige enormes esfuerzos para producir muy poco y termina siendo incapaz de conservar aquello que promete. El éxito necesita ser defendido permanentemente. La riqueza nunca elimina el temor a perderla. El reconocimiento exige nuevas conquistas. El placer siempre reclama una dosis mayor. El prestigio depende de la opinión cambiante de los hombres. Todo depósito humano termina perdiendo el agua que prometía conservar.

Mientras la Fuente produce incesantemente, la cisterna únicamente puede almacenar durante un tiempo limitado. Y

cuando además está rota, ni siquiera logra cumplir esa función.

Quizá aquí encontremos una de las razones por las cuales nuestra generación vive corriendo de una experiencia a otra sin hallar descanso. El problema no radica únicamente en las grietas de las cisternas; radica en que nunca fueron diseñadas para reemplazar a la Fuente.

Dios no denuncia solamente el fracaso de los sustitutos. Denuncia la insensatez de haber abandonado aquello que jamás dejaba de producir vida.

Esta diferencia será fundamental para comprender todo lo que desarrollaremos en los capítulos siguientes. Porque antes de examinar las múltiples cisternas que nuestra cultura ofrece cada día, necesitamos responder una pregunta mucho más profunda: ¿cómo llegó el corazón humano a considerar más atractivos los depósitos vacíos que la Fuente inagotable de la vida?

Esa pregunta nos conducirá al siguiente paso de nuestro recorrido. Porque nadie abandona lo infinito sin haber sido seducido previamente por alguna promesa que parece suficiente. Y precisamente allí comienza la tragedia que analizaremos a continuación: el momento en que el pueblo de Dios cambió lo eterno por lo inmediato, la plenitud por la apariencia y la Fuente de aguas vivas por aquello que jamás podría saciar su sed.

## Capítulo dos

### **LA TRAGEDIA DE CAMBIAR LO INFINITO POR LO INSUFICIENTE**

Existe una pregunta que atraviesa silenciosamente toda la historia de la redención y que, tarde o temprano, todo creyente necesita responder con absoluta sinceridad. No se trata simplemente de saber si ama a Dios o si cree en Él. La cuestión es mucho más profunda: ¿qué puede llegar a seducir el corazón de una persona que ha conocido al Dios vivo? ¿Cómo es posible abandonar aquello que es infinito para abrazar aquello que inevitablemente terminará siendo insuficiente?

A primera vista, la respuesta parece incomprensible. Si Israel había visto abrirse el Mar Rojo, si había comido el maná que descendía del cielo, si había contemplado la gloria de Dios sobre el monte Sinaí y experimentado una provisión sobrenatural durante cuarenta años en el desierto, ¿cómo pudo terminar postrándose delante de dioses fabricados por manos humanas? ¿Qué podían ofrecer Baal, Asera o Moloc que el Dios de Abraham, Isaac y Jacob no hubiera dado ya en abundancia?

Sin embargo, esa misma pregunta continúa resonando en nuestro tiempo con una actualidad sorprendente. También nosotros conocemos el Evangelio, hemos experimentado la gracia de Cristo, hemos recibido el Espíritu Santo y confesamos que fuera de Él no existe salvación.

Pero aun así, con demasiada frecuencia, nuestro corazón comienza a buscar en otras fuentes aquello que solo el Señor puede conceder. Cambian los nombres, cambian las circunstancias y cambian las formas exteriores, pero el mecanismo espiritual permanece exactamente igual.

La idolatría nunca comienza cuando el hombre levanta un altar visible. Comienza mucho antes, cuando deja de considerar suficiente la presencia de Dios. Éste fue el verdadero drama de Israel.

El pueblo no abandonó al Señor porque hubiera descubierto alguna limitación en Su poder o alguna deficiencia en Su carácter. Tampoco porque Dios hubiera dejado de cumplir Sus promesas. Lo hizo porque permitió que la fascinación por lo que veía debilitara la convicción acerca de aquello que no podía ver.

Las naciones vecinas parecían fuertes, organizadas y prósperas. Poseían ejércitos poderosos, ciudades imponentes, sistemas políticos admirados y cultos religiosos llenos de espectacularidad. Sus ceremonias apelaban a los sentidos. Sus templos impresionaban por su arquitectura. Sus ritos

prometían fertilidad, prosperidad, protección y éxito inmediato.

En comparación, el Dios de Israel resultaba completamente diferente. No podía representarse mediante imágenes. No aceptaba ser manipulado por rituales. No respondía a los caprichos humanos. No ofrecía prosperidad como recompensa automática por determinadas ceremonias. Exigía obediencia, fidelidad, justicia, santidad y una relación basada en el amor. Con el paso del tiempo, aquella diferencia comenzó a parecer una desventaja.

Éste constituye uno de los mayores peligros que enfrenta el pueblo de Dios en todas las generaciones. Cuando dejamos de valorar la singularidad del Señor, comenzamos a envidiar aquello que el mundo considera exitoso. Lo que antes producía discernimiento comienza a generar admiración. Lo que antes identificábamos como oscuridad empieza a parecernos una alternativa válida. Poco a poco, sin advertirlo, el corazón modifica sus parámetros de evaluación.

La Escritura afirma: “*No aprendáis el camino de las naciones*” (Jeremías 10:2). Sin embargo, Israel hizo exactamente lo contrario. No solo aprendió sus costumbres, sino que terminó deseando su estilo de vida. Aquello que inicialmente observaba con distancia comenzó a despertar curiosidad. La curiosidad abrió la puerta a la imitación, y la imitación terminó produciendo identificación. Toda decadencia espiritual sigue normalmente ese mismo recorrido.

Rara vez una persona abandona sus convicciones de un día para otro. Lo habitual es que primero disminuya su capacidad de asombro delante de Dios. Cuando la comunión deja de maravillarnos, otras cosas comienzan lentamente a ocupar el lugar de nuestra admiración. El corazón nunca permanece neutral. Siempre termina maravillándose por algo.

Por eso el primer mandamiento continúa siendo el fundamento de toda la vida espiritual: ***“No tendrás dioses ajenos delante de mí”*** (Éxodo 20:3). Dios no estaba defendiendo Su autoridad por inseguridad ni reclamando un lugar de privilegio movido por el orgullo. Estaba protegiendo aquello para lo cual el hombre había sido creado. Solamente quien vive orientado hacia Dios encuentra el orden correcto de toda su existencia. Cuando cualquier otra realidad ocupa ese lugar central, el desorden comienza a extenderse lentamente hacia todas las áreas de la vida.

Quizá uno de los aspectos más peligrosos de la seducción espiritual consiste en que rara vez se presenta como un rechazo abierto hacia Dios. Generalmente aparece ofreciendo algo aparentemente complementario. La propuesta nunca dice: “abandona completamente al Señor”. Más bien susurra: “además de Dios, necesitas esto para ser verdaderamente feliz”.

Así ocurrió en el Edén. La serpiente jamás negó la existencia del Creador. Simplemente insinuó que Dios estaba reteniendo algo bueno para el hombre. ***“¿Conque Dios os ha***

***dicho...?”***, preguntó astutamente (**Génesis 3:1**). Detrás de aquella conversación se escondía una sospecha devastadora: tal vez Dios no sea suficiente. Tal vez exista una plenitud mayor fuera de Sus límites. Tal vez haya una vida mejor al margen de Su voluntad.

Cada idolatría nace exactamente de esa sospecha. Siempre comienza cuando dejamos de creer que Cristo es plenamente suficiente. El apóstol Pablo escribiría siglos después una afirmación que resume magistralmente esta verdad: ***“Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él”*** (Colosenses 2:9 y 10).

La palabra completos posee aquí una profundidad extraordinaria. No significa simplemente que Cristo añade algo a nuestra vida. Significa que en Él no falta absolutamente nada de lo necesario para que el hombre alcance la plenitud del propósito de Dios. Cuando el creyente comprende esta realidad, deja de vivir buscando complementos para aquello que ya ha sido perfectamente consumado en Cristo.

Pero cuando esa convicción comienza a debilitarse, el corazón vuelve a experimentar la sensación de carencia. Y un corazón que se siente incompleto resulta extremadamente vulnerable. Entonces aparece la seducción de la cultura.

Vivimos en una sociedad que ha convertido el deseo permanente en uno de los motores más poderosos de la

economía. Cada día recibimos miles de mensajes destinados a convencernos de que todavía necesitamos algo más para sentirnos realizados. Nos enseñan que la felicidad está a una compra de distancia, que la identidad depende de la imagen que proyectamos, que el valor personal se mide por la aprobación recibida y que el éxito consiste en acumular experiencias, bienes, influencia o reconocimiento.

No se trata solamente de estrategias comerciales. Detrás de ellas existe una cosmovisión profundamente espiritual que redefine la manera en que el ser humano entiende la vida. El centro ya no es Dios. El centro pasa a ser el individuo y sus deseos.

La cultura contemporánea no suele decirle al hombre que adore otros dioses. Le propone algo mucho más sutil: vivir como si Dios no fuera necesario para definir el significado de su existencia. Ésa es quizá la idolatría más refinada de nuestra generación.

No exige levantar templos paganos. Basta con organizar la vida alrededor de cualquier realidad que termine ocupando el lugar que únicamente pertenece al Señor. Por eso el apóstol Juan concluye su primera carta con una exhortación que, a primera vista, parece inesperada: ***“Hijitos, guardaos de los ídolos” (1 Juan 5:21).***

Resulta llamativo que una carta dedicada a hablar del amor, de la comunión con Dios y de la vida eterna termine precisamente con esa advertencia. Sin embargo, cuanto más

profundamente comprendemos el Evangelio, más evidente resulta la razón. Todo aquello que pretende reemplazar a Cristo terminará alejándonos de la vida que únicamente Él puede comunicar.

La historia demuestra que ninguna cultura permanece neutral frente al Reino de Dios. Cada generación desarrolla sus propios ídolos, sus propias narrativas y sus propios sistemas de significado. Todos ellos compiten silenciosamente por el corazón del hombre.

La Iglesia tampoco se encuentra inmunizada frente a esa influencia. Con demasiada facilidad comenzamos a medir el éxito utilizando los mismos parámetros que emplea el mundo. Admiramos aquello que impresiona, celebramos aquello que produce resultados visibles y terminamos creyendo que el crecimiento exterior constituye siempre una evidencia de aprobación divina. Sin advertirlo, corremos el riesgo de reemplazar los criterios del Reino por los criterios de la cultura. Jesús enseñó exactamente lo contrario:

***“Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”.***

Mateo 6:33

Observemos cuidadosamente el orden establecido por el Señor. No promete que el Reino será una herramienta para alcanzar otras cosas. Declara que el Reino constituye el centro alrededor del cual todas las demás cosas encuentran su

lugar correcto. Cuando ese orden se invierte, aun las bendiciones terminan convirtiéndose en cargas.

Éste fue precisamente el error de Israel. En lugar de permitir que las bendiciones fortalecieran su dependencia del Señor, utilizó las bendiciones para independizarse de Él. Cada vez que la bendición produce autonomía, deja de cumplir el propósito para el cual Dios la concedió.

Y aquí aparece una verdad que acompañará todo el desarrollo de este libro: las cisternas nunca comienzan construyéndose con piedra; comienzan edificándose en la imaginación.

Antes de existir un altar visible, ya existía un afecto desordenado. Antes de aparecer una imagen tallada, ya había surgido un deseo equivocado. Antes de levantarse un templo pagano, el corazón había desplazado silenciosamente a Dios del lugar central. Por eso la restauración nunca comienza destruyendo únicamente los ídolos visibles. Comienza devolviendo a Cristo el lugar que jamás debió perder.

Mientras escribo estas líneas, no puedo evitar pensar que probablemente el mayor desafío espiritual de nuestro tiempo no sea convencer al mundo de que Dios existe, sino ayudar a la Iglesia a redescubrir que Cristo continúa siendo suficiente. Porque cuando Él vuelve a ocupar el centro, las falsas promesas pierden inevitablemente su poder de seducción.

La luz no necesita luchar contra la oscuridad; simplemente debe manifestarse. Del mismo modo, quien vuelve a contemplar la belleza incomparable de Cristo descubre que ninguna oferta de este mundo puede competir verdaderamente con Aquel en quien habita toda la plenitud de la vida.

Sin embargo, todavía queda una pregunta que necesita ser respondida. Si el proceso comienza de una manera tan silenciosa, ¿cómo podemos reconocer el momento en que el corazón empieza a alejarse de la Fuente? ¿Cuándo aparecen las primeras señales de que una cisterna comienza a ocupar el lugar que pertenece únicamente a Dios?

Responder esa pregunta será imprescindible antes de examinar las grandes cisternas de nuestra generación. Porque nadie se despierta una mañana habiendo abandonado completamente al Señor. Toda ruptura importante comienza con pequeñas grietas que, durante mucho tiempo, parecen insignificantes.

## Capítulo tres

### **CÓMO SE ROMPE UNA CISTERNA**

Existen acontecimientos que parecen producirse de manera repentina, pero que en realidad llevan años gestándose en silencio. Un árbol no cae el mismo día en que el leñador escucha el crujido de su tronco; ese sonido simplemente revela un proceso interno que venía desarrollándose mucho antes. Del mismo modo, una casa no se derrumba en el instante en que aparecen las primeras grietas sobre sus paredes. La ruina visible es apenas el desenlace de un deterioro que comenzó mucho tiempo atrás, cuando todavía nadie sospechaba el peligro.

Así ocurre también con la vida espiritual. Rara vez una persona abandona a Dios de un día para otro. Casi nunca una gran caída comienza con una gran decisión. Generalmente empieza con pequeños desplazamientos del corazón, con ligeras concesiones, con prioridades que lentamente cambian de lugar y con afectos que, sin producir un escándalo inmediato, van debilitando silenciosamente la comunión con el Señor.

Cuando Jeremías habla de cisternas rotas, no solamente denuncia el error de haberlas construido; también nos permite comprender que toda cisterna comienza a deteriorarse mucho antes de quedar completamente vacía. Las grietas aparecen primero. La pérdida del agua viene después.

Esta observación resulta profundamente importante para quienes desean permanecer en Cristo. Con frecuencia prestamos atención únicamente a los grandes pecados, mientras ignoramos aquellos pequeños procesos interiores que terminan conduciendo hacia ellos. Combatimos las consecuencias, pero descuidamos las causas. Nos alarmamos cuando la cisterna ya no retiene agua, sin haber prestado atención a las pequeñas fisuras que comenzaron a formarse mucho tiempo antes.

Quizá ésta sea una de las estrategias más eficaces del enemigo. Si intentara apartar violentamente a un creyente maduro de su comunión con Dios, probablemente encontraría una fuerte resistencia. En cambio, cuando el proceso ocurre de manera casi imperceptible, el corazón suele adaptarse lentamente a una nueva normalidad sin advertir cuánto se ha alejado de la Fuente.

El libro de los hebreos contiene una advertencia que ilustra perfectamente esta realidad: ***“Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos”*** (Hebreos 2:1).

La expresión utilizada por el escritor resulta extraordinariamente gráfica. No habla de una rebelión abierta ni de un abandono deliberado. Habla de un deslizamiento. La imagen recuerda a una embarcación que, poco a poco, comienza a apartarse del puerto porque nadie corrigió oportunamente su rumbo. La distancia recorrida en los primeros minutos parece insignificante. Sin embargo, después de varias horas, el barco puede encontrarse completamente fuera de su destino. Así actúa también el alejamiento espiritual.

Muy pocas personas deciden conscientemente dejar de amar a Cristo. Lo que sucede es algo mucho más sutil. La oración deja de ocupar el mismo lugar de antes. La lectura de la Palabra comienza a convertirse en una obligación. La sensibilidad frente al Espíritu Santo disminuye. La adoración pierde profundidad. El tiempo con Dios se acorta porque otras actividades parecen más urgentes. Ninguno de estos cambios parece grave por sí mismo, pero todos ellos, sumados día tras día, terminan modificando la dirección del corazón.

El Señor Jesucristo expresó esta misma preocupación cuando habló a la iglesia de Éfeso: ***“Tengo contra ti, que has dejado tu primer amor”*** (Apocalipsis 2:4). Resulta significativo que el Señor no dijera: “has perdido tu primer amor”. El verbo utilizado posee una enorme importancia. Habla de algo que fue dejando de ocupar el lugar que antes tenía. El amor no desapareció instantáneamente; fue siendo desplazado.

La iglesia de Éfeso seguía trabajando, perseverando y defendiendo la sana doctrina. Había rechazado a los falsos apóstoles y permanecía firme frente al error. Desde una perspectiva humana, era una congregación admirable. Sin embargo, Cristo veía algo que nadie más podía percibir.

La actividad permanecía, la ortodoxia permanecía, el esfuerzo permanecía, pero la intimidad comenzaba a desaparecer. ¡Qué solemne advertencia para la Iglesia de todos los tiempos!

Es posible continuar haciendo muchas cosas para Dios mientras dejamos de caminar con Dios. Es posible conservar una estructura ministerial impecable mientras el corazón comienza lentamente a secarse. Incluso es posible defender correctamente la doctrina sin experimentar diariamente la vida que esa doctrina anuncia.

La Fuente nunca fue reemplazada públicamente. Simplemente dejó de ser el centro, y cuando eso ocurre, las grietas comienzan a multiplicarse. Quizá la primera de ellas sea la rutina espiritual.

Toda relación necesita ser alimentada para permanecer viva. El matrimonio más sólido requiere diálogo, cercanía y tiempo compartido. Una amistad profunda no sobrevive únicamente gracias a los recuerdos del pasado. Del mismo modo, la comunión con Dios jamás fue diseñada para sostenerse mediante experiencias antiguas.

El Señor nunca invitó a Sus discípulos a vivir de memorias espirituales. Los llamó a permanecer. ***“Permaneced en mí, y yo en vosotros... porque separados de mí nada podéis hacer”*** (Juan 15:4 y 5). Observemos que Jesús no utiliza un lenguaje ocasional. No dice: “visítenme de vez en cuando”. Tampoco afirma: “recuérdense cuando enfrenten dificultades”. Habla de permanecer, de habitar, de vivir continuamente unidos a Él.

La vida espiritual nunca fue concebida como una sucesión de encuentros esporádicos con Dios. Es una relación permanente, una dependencia continua, una comunión que atraviesa cada dimensión de la existencia.

Cuando esa permanencia comienza a debilitarse, la vida cristiana fácilmente se transforma en una serie de hábitos religiosos. Seguimos asistiendo a las reuniones, continuamos sirviendo, mantenemos determinadas disciplinas, pero el corazón ya no experimenta el gozo de estar delante del Señor. Entonces aparece otra grieta: la autosuficiencia.

Pocas cosas resultan tan peligrosas como la sensación de haber alcanzado cierta madurez espiritual que nos hace creer menos dependientes de la gracia. Pablo preguntó a los creyentes de Galacia: ***“¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?”*** (Gálatas 3:3). Esta pregunta sigue siendo profundamente actual.

Todos comenzamos nuestra vida cristiana conscientes de nuestra absoluta necesidad de Cristo. Sabemos que nada podemos hacer sin Él. Sin embargo, con el paso de los años existe el riesgo de confiar cada vez más en nuestra experiencia, en nuestro conocimiento o en nuestra trayectoria espiritual.

La dependencia comienza a ser reemplazada por la confianza en uno mismo. Y cuando la dependencia disminuye, la Fuente deja de ocupar el centro. La autosuficiencia constituye una de las formas más refinadas de la idolatría, porque desplaza a Dios sin necesidad de negarlo. Seguimos hablando de Él, seguimos creyendo en Él, seguimos sirviéndole, pero dejamos de vivir con la conciencia permanente de que toda nuestra vida proviene exclusivamente de Su gracia.

A esta grieta suele añadirse otra igualmente peligrosa: “la distracción”. Vivimos en una época que ha perfeccionado el arte de mantener cautiva la atención humana. Nunca antes tantas voces habían competido simultáneamente por nuestros pensamientos. Noticias, pantallas, redes sociales, entretenimiento permanente, obligaciones laborales y un flujo constante de información convierten el silencio en un bien cada vez más escaso.

El problema no consiste únicamente en la cantidad de estímulos que recibimos, sino en aquello que producen dentro de nosotros. Un corazón permanentemente distraído difícilmente podrá escuchar la voz apacible del Espíritu.

El profeta Elías descubrió esta verdad cuando huyó hasta Horeb. Dios no estaba en el viento recio, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en un silbo apacible y delicado (**1 Reyes 19:11 y 12**). Desde entonces el Señor continúa hablando de la misma manera. No necesita competir con el ruido del mundo. Es el hombre quien necesita aprender nuevamente a guardar silencio para escuchar.

Cuando dejamos de cultivar espacios donde la presencia de Dios pueda ocupar toda nuestra atención, lentamente comenzamos a acostumbrarnos a una espiritualidad superficial, incapaz de profundizar en la comunión con el Señor.

Pero quizá exista una grieta todavía más difícil de reconocer: “la religiosidad”. Paradójicamente, la religión puede convertirse en uno de los sustitutos más eficaces de la relación viva con Cristo.

Los fariseos conocían las Escrituras, ayunaban, oraban, diezmaban y observaban cuidadosamente las tradiciones. Sin embargo, Jesús les dijo: ***“Escudriñáis las Escrituras... y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida”*** (Juan 5:39 y 40). Aquellas palabras revelan una tragedia inmensa. Es posible acercarse constantemente a aquello que habla de Cristo sin acercarse verdaderamente a Cristo.

La Biblia nunca fue dada para reemplazar la comunión con el Señor, sino para conducirnos hacia Él. La doctrina

jamás tuvo como propósito convertirse en un fin en sí misma. Todo conocimiento que no termine produciendo mayor dependencia de Cristo corre el riesgo de transformarse en una nueva cisterna.

La vida siempre será superior a la información. La comunión siempre será superior al mero conocimiento. La presencia siempre será superior a cualquier estructura religiosa. Por eso Jesús declaró: ***“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”*** (Juan 10:10). No dijo que había venido simplemente a mejorar una religión. Vino a impartir Su propia vida.

Quizá, al llegar hasta aquí, alguno de nosotros descubra que ciertas grietas han comenzado a aparecer silenciosamente en su propia cisterna. Tal vez la oración ya no posee la frescura de otros tiempos. Quizá la Palabra haya dejado de conmover el corazón con la misma intensidad. Es posible que el servicio haya desplazado a la intimidad, o que la actividad cotidiana haya ido ocupando poco a poco el espacio que antes pertenecía al Señor.

Si así fuera, no debemos interpretar esa convicción como una palabra de condenación. Al contrario, las grietas pueden ser una bendición cuando son descubiertas a tiempo. Porque únicamente quien reconoce que su cisterna comienza a perder el agua buscará nuevamente la Fuente.

Ésa es precisamente la gracia del Espíritu Santo. Él no revela nuestro estado para avergonzarnos, sino para

conducirnos de regreso a Cristo. Ninguna reprensión divina tiene como propósito alejarnos del Señor; todas buscan acercarnos nuevamente a Aquel de quien procede la vida.

Sin embargo, antes de emprender ese regreso, todavía necesitamos identificar con mayor claridad las cisternas que nuestra propia generación ha construido. Porque las grietas del corazón siempre terminan conduciendo hacia algún sustituto concreto. Nadie deja de beber de la Fuente para permanecer con las manos vacías. Tarde o temprano comenzará a buscar satisfacción en aquello que el mundo le ofrece.

Y es precisamente allí donde nuestro recorrido entra en una nueva etapa. Dejaremos por un momento las calles de la antigua Jerusalén para caminar por las avenidas de nuestra propia cultura. Descubriremos que las cisternas ya no están excavadas en piedra, pero continúan prometiendo exactamente lo mismo que prometían hace miles de años: una vida que jamás podrán ofrecer.

## PARTE II

# **LAS CISTERNAS DE NUESTRA GENERACIÓN**

## Capítulo cuatro

# CUANDO EL MUNDO PROMETE LO QUE SOLO DIOS PUEDE DAR

Pocas palabras despiertan tanta admiración en nuestra sociedad como la palabra “éxito”. La encontramos en libros, conferencias, universidades, empresas, redes sociales y campañas publicitarias. Se ha convertido en uno de los grandes ideales contemporáneos. Desde muy temprana edad aprendemos que la vida consiste en alcanzar determinados objetivos, escalar posiciones, acumular logros y construir una existencia que pueda ser considerada exitosa según los parámetros establecidos por la cultura.

No existe nada inherentemente malo en trabajar con excelencia, desarrollar los talentos que Dios ha concedido o administrar responsablemente los recursos recibidos. De hecho, la Escritura presenta el trabajo como una bendición y enseña que todo cuanto hagamos debe realizarse *“como para el Señor y no para los hombres”* (Colosenses 3:23).

El problema aparece cuando el éxito deja de ser una consecuencia y comienza a convertirse en una fuente. Porque toda fuente alimenta la identidad. Y aquello de donde el

hombre obtiene su identidad termina gobernando toda su existencia.

Éste constituye uno de los cambios más profundos que ha experimentado nuestra cultura. Durante siglos las personas respondían a la pregunta “¿quién eres?” hablando de su familia, de su pueblo o de sus convicciones. Hoy, casi sin advertirlo, respondemos describiendo aquello que hacemos, aquello que poseemos o aquello que hemos logrado.

La identidad comenzó a construirse alrededor del rendimiento. Entonces el éxito dejó de ser un resultado para transformarse en una necesidad, y cuando algo se vuelve indispensable para sentir que nuestra vida tiene valor, ya ha comenzado a ocupar el lugar que únicamente pertenece a Dios.

No deja de resultar llamativo que Jesús jamás invitara a Sus discípulos a perseguir el éxito. Los llamó a seguirlo a Él. Nuestra época ha transformado el éxito en un destino, mientras que Cristo lo transformó en una consecuencia de permanecer en Él. La diferencia parece pequeña, pero cambia completamente la manera de vivir.

El Reino de Dios nunca fue edificado sobre la ansiedad por alcanzar resultados, sino sobre la confianza de permanecer unidos a la Fuente. Jesús lo expresó con extraordinaria sencillez cuando dijo: *“Yo soy la vid, vosotros*

***los pámpanos... el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto” (Juan 15:5).***

Observemos cuidadosamente el orden, primero aparece la permanencia, después llega el fruto. Nuestra generación ha invertido ese proceso. Nos preocupamos obsesivamente por el fruto mientras descuidamos la comunión con quien lo produce. Queremos resultados sin dependencia, buscamos crecimiento sin permanencia, anhelamos bendiciones sin intimidad. En otras palabras, pretendemos recoger el agua sin volver a la Fuente.

Ésa es precisamente la lógica de toda cisterna. Acumular para no depender, conservar para no necesitar, controlar para no confiar. Sin embargo, el Reino funciona exactamente al revés. Dios jamás tuvo la intención de formar personas autosuficientes, Su propósito siempre fue levantar hijos profundamente dependientes de Su gracia.

Cuando Pablo escribe a los filipenses declara: ***“He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación” (Filipenses 4:11)***. Estas palabras resultan revolucionarias para una sociedad obsesionada con alcanzar constantemente un nivel superior. Pablo no afirma que dejó de crecer, tampoco renunció a servir.

No abandonó sus responsabilidades, lo que aprendió fue algo mucho más profundo. Descubrió que la plenitud no dependía de las circunstancias. Su satisfacción ya no provenía de aquello que conseguía, sino de Aquel a quien

pertenecía. Ésta es una de las mayores diferencias entre una cisterna y la Fuente.

La cisterna exige resultados para producir satisfacción, la Fuente produce satisfacción aun antes de que aparezcan los resultados. Cuando Cristo ocupa verdaderamente el centro del corazón, el éxito deja de definir nuestro valor. Seguimos trabajando, seguimos soñando, seguimos desarrollando los dones recibidos, pero ya no necesitamos demostrar permanentemente que valemos algo.

La aceptación dejó de depender de nuestros logros porque ahora descansa sobre la obra perfecta de Cristo. El Evangelio produce una libertad que ninguna filosofía humana puede ofrecer. Ya no trabajamos para ser aceptados, trabajamos porque ya fuimos aceptados. No servimos para ganar el amor del Padre, servimos porque hemos sido amados con amor eterno. No buscamos reconocimiento para construir identidad, vivimos desde la identidad que el Padre ya nos concedió en Su Hijo.

***“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios.”***

1 Juan 3:1

La cultura contemporánea, en cambio, propone exactamente el recorrido inverso. Nos invita a demostrar continuamente nuestro valor, siempre falta un nuevo objetivo, siempre existe una meta superior, siempre hay alguien que ha logrado más, por eso el éxito nunca produce

descanso. Produce dependencia, porque necesita ser alimentado permanentemente.

Cada conquista exige otra conquista, cada reconocimiento reclama uno mayor, cada ascenso genera el temor de descender. La cisterna nunca permanece llena, siempre necesita volver a llenarse. Quizá por eso tantas personas que aparentemente lo han alcanzado todo continúan confesando un profundo sentimiento de vacío.

Tal vez obtuvieron aquello que habían perseguido durante años, pero solo para descubrir demasiado tarde que el problema nunca fue la falta de éxito, sino que fue la sed del alma.

El rey Salomón representa uno de los ejemplos más extraordinarios de esta realidad. Pocos hombres acumularon tanta riqueza, tanta sabiduría, tanta influencia y tanto prestigio como él. Su fama atravesó fronteras. Los reyes acudían para escuchar su sabiduría. Jerusalén vivía uno de sus momentos de mayor esplendor. Sin embargo, al final de su reflexión escribió aquellas palabras que todavía estremecen al lector:

***“Vanidad de vanidades... todo es vanidad.”***

Eclesiastés 1:2

No estaba despreciando las bendiciones recibidas. Estaba confesando que ninguna de ellas podía ocupar el lugar reservado para Dios. Todo aquello que intentó convertirse en

fuelle terminó revelando su incapacidad para producir vida, y la misma advertencia alcanza también a la Iglesia.

Porque incluso el éxito ministerial puede transformarse en una de las cisternas más peligrosas. Un ministerio comienza siendo una respuesta al llamado de Dios, pero, si el corazón deja de vigilarse, puede terminar convirtiéndose en el lugar donde busca su identidad.

Entonces el crecimiento reemplaza a la presencia, las estadísticas desplazan a la comunión, los resultados ocupan el espacio de la obediencia, el reconocimiento comienza a producir más alegría que la intimidad con Cristo. Y casi sin advertirlo, una obra nacida para glorificar al Señor empieza silenciosamente a girar alrededor del hombre.

No es casual que Jesús alabara a la iglesia de Filadelfia diciendo: ***“Tienes poca fuerza, y has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre”*** (Apocalipsis 3:8). No menciona su tamaño, no destaca su influencia, no habla de prestigio, habla de fidelidad. El Reino siempre mide de una manera diferente.

Mientras el mundo pregunta cuántos seguidores tiene una persona, Dios continúa preguntando cuánto permanece esa persona en Su presencia. Mientras la cultura celebra la visibilidad, el cielo sigue formando hombres y mujeres en el secreto. Mientras el sistema recompensa la competencia, el Padre sigue buscando hijos cuyo mayor anhelo sea parecerse a Cristo.

Tal vez éste sea uno de los desafíos más urgentes para nuestra generación. Necesitamos volver a recordar que el Evangelio nunca prometió convertirnos en personas exitosas según los criterios del mundo, prometió algo infinitamente superior, nos prometió vida, y la vida siempre será más profunda que el éxito. Porque el éxito pertenece a las circunstancias, pero la vida pertenece a Cristo.

El éxito puede desaparecer en un instante, pero la vida permanece eternamente. El éxito depende de lo que ocurre alrededor de nosotros, pero la vida brota desde el interior porque procede del Espíritu Santo. Cuando el creyente descubre esta verdad, deja de correr desesperadamente detrás de aquello que el mundo considera imprescindible. No porque haya perdido la pasión por hacer las cosas con excelencia, sino porque encontró algo infinitamente mejor. Descubrió que ninguna meta alcanzada puede compararse con el privilegio de conocer a Cristo.

Fue exactamente lo que confesó Pablo cuando escribió: ***“Cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo... y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor”*** (Filipenses 3:7 y 8). Éste es el lenguaje de un hombre que volvió a beber de la Fuente. No desprecia los logros, simplemente descubrió que existe un tesoro incomparable delante del cual todas las demás cosas ocupan finalmente su lugar correcto, y cuando eso sucede, el éxito deja de ser una cisterna, se convierte

simplemente en una herramienta que Dios puede utilizar para extender Su Reino.

Sin embargo, aunque el éxito constituye una de las cisternas más admiradas de nuestra época, no es la más peligrosa. Existe otra aún más sutil, porque ya no promete únicamente reconocimiento exterior, sino que convierte al propio ser humano en el centro absoluto de todas las cosas. Allí el ídolo ya no es lo que el hombre posee, porque el ídolo puede comenzar a ser el hombre mismo, y este es un mal extremadamente letal.

***“Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros.”***

Filipenses 2:3 y 4

## Capítulo cinco

### **LA IDOLATRIA DEL YO**

Si hubo un tiempo en que los hombres caminaban largas distancias para postrarse delante de un ídolo de piedra, el nuestro parece haber encontrado una forma mucho más sofisticada de idolatría. Ya no resulta necesario levantar templos imponentes ni esculpir imágenes de madera o de metal. Basta con colocar al propio ser humano en el centro de todas las cosas. Allí donde el “yo” ocupa el lugar que únicamente pertenece a Dios, la idolatría continúa existiendo, aunque ya no adopte las formas visibles del pasado.

Quizá ésta sea una de las características más profundas de la cultura contemporánea. Durante siglos la pregunta fundamental fue: “¿Qué quiere Dios de mi vida?”. Hoy, en cambio, la pregunta dominante parece ser otra: “¿Qué quiero yo de la vida?”. El cambio puede parecer apenas una cuestión de palabras, pero en realidad revela una transformación mucho más profunda.

El centro de gravedad ha dejado de estar en el Creador para desplazarse hacia la criatura. Ya no es el hombre quien procura comprender el propósito de Dios para su existencia,

sino que pretende que incluso Dios se convierta en un instrumento para alcanzar sus propios propósitos.

Esta manera de pensar no nació con las redes sociales ni con la filosofía moderna. Sus raíces se hunden en el mismo origen de la caída. Cuando la serpiente habló con Eva en el huerto del Edén, no la invitó simplemente a comer un fruto prohibido; la invitó a reorganizar toda la realidad alrededor de sí misma. ***“Seréis como Dios”*** (Génesis 3:5), fue la promesa que abrió la puerta al pecado. Detrás de aquellas palabras se escondía una idea que desde entonces ha acompañado a toda la humanidad: la ilusión de que el hombre puede convertirse en la medida de todas las cosas.

No deja de ser llamativo que el pecado original no haya consistido en un acto de violencia, de inmoralidad o de injusticia contra otro ser humano. Antes que cualquiera de esas manifestaciones, el pecado fue una alteración del orden. El hombre dejó de vivir desde Dios para comenzar a vivir desde sí mismo. Allí comenzó la verdadera fractura de la historia. Todas las demás expresiones del pecado no son sino las múltiples consecuencias de aquel primer desplazamiento del corazón.

Por esa razón, el Evangelio no consiste simplemente en corregir determinados comportamientos. La obra de Cristo apunta mucho más profundamente. Él vino a restaurar el orden perdido, a devolver al Padre el lugar que nunca debió dejar de ocupar y, al mismo tiempo, a liberar al hombre de la

pesada carga de tener que convertirse en el centro de su propio universo.

Muchas personas imaginan que la libertad consiste en hacer siempre lo que desean; sin embargo, la verdadera libertad comienza cuando dejamos de ser esclavos de nuestros propios deseos para volver a vivir bajo el gobierno de Aquel que nos creó.

La cultura contemporánea, sin embargo, avanza exactamente en la dirección contraria. El individuo se ha transformado en el criterio supremo para determinar lo verdadero, lo bueno y lo correcto. La realización personal ha llegado a ocupar un lugar tan importante que cualquier límite suele interpretarse como una amenaza para la felicidad. El lenguaje cotidiano refleja claramente este cambio. Se habla constantemente de “seguir el corazón”, de “ser fiel a uno mismo”, de “hacer lo que nos haga feliz”, como si el corazón humano fuera una brújula incapaz de equivocarse.

Sin embargo, la Escritura describe una realidad muy distinta. El profeta Jeremías, el mismo que denunció las cisternas rotas, afirmó: ***“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?”*** (Jeremías 17:9). Estas palabras no pretenden conducirnos al pesimismo, sino al realismo espiritual. El problema del corazón no consiste únicamente en que pueda desear cosas malas; consiste en que incluso puede convencerse de que aquello que lo aleja de Dios es precisamente lo que necesita para ser feliz.

Cuando el hombre deja de reconocer esta realidad, comienza a construir una espiritualidad moldeada a la medida de sus propias preferencias. Ya no pregunta qué dice la Palabra; pregunta qué le resulta más cómodo aceptar. Ya no procura conformar su vida a Cristo; intenta conformar a Cristo a su propia manera de pensar. Poco a poco, casi sin advertirlo, el Señor deja de ser el Rey que gobierna la existencia para convertirse en un acompañante cuya función consiste en aprobar las decisiones previamente tomadas por el hombre.

Éste es uno de los mayores riesgos que enfrenta la Iglesia en nuestros días. La influencia de la cultura no siempre llega mediante ataques abiertos contra la fe. Muchas veces penetra silenciosamente modificando nuestra manera de interpretar el Evangelio.

Allí donde antes se hablaba de arrepentimiento, hoy con frecuencia solo se habla de autoestima. Allí donde Jesús llamó a negarse a uno mismo, el mensaje dominante invita a satisfacer permanentemente al yo. Allí donde el Nuevo Testamento anuncia la muerte del viejo hombre y el nacimiento de una nueva creación, la cultura insiste en que la máxima aspiración consiste en expresar sin restricciones todo aquello que nace del interior.

Las palabras del Señor Jesucristo conservan, por eso mismo, una fuerza extraordinaria. ***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lucas 9:23).*** Resulta significativo que el Maestro

no coloque la negación de uno mismo como un castigo, sino como el camino hacia la verdadera vida. Desde la lógica del Reino, perder la vida por causa de Cristo nunca significa empobrecer la existencia; significa rescatarla del engaño permanente de vivir encerrados dentro de nosotros mismos.

El apóstol Pablo comprendió esta verdad con una profundidad admirable cuando escribió a los creyentes de Galacia: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”*** (Gálatas 2:20). Esta afirmación resume uno de los principios centrales del Nuevo Pacto.

La vida cristiana no consiste en intentar mejorar al viejo hombre, sino en vivir desde la nueva vida que Cristo ha impartido. La cruz no fue solamente el lugar donde nuestros pecados fueron perdonados; también es el lugar donde termina el derecho del viejo yo a ocupar el trono del corazón.

Ésta es una diferencia esencial entre el Evangelio del Reino y cualquier forma de humanismo religioso. El humanismo procura fortalecer al hombre para que alcance su máximo potencial. El Evangelio, en cambio, conduce al hombre a descubrir que su verdadera plenitud jamás podrá encontrarse en sí mismo, sino únicamente en Cristo. La meta no consiste en desarrollar un yo cada vez más fuerte, sino en permitir que la vida del Hijo de Dios se manifieste cada vez con mayor claridad en nosotros.

Cuando esta verdad deja de ocupar el centro de la predicación, la fe comienza a deformarse casi imperceptiblemente. La oración se convierte en una herramienta para conseguir aquello que deseamos. La adoración corre el riesgo de transformarse en una experiencia orientada exclusivamente al bienestar emocional.

La enseñanza bíblica puede reducirse a una colección de principios destinados a alcanzar éxito, prosperidad o realización personal. Incluso el servicio cristiano puede terminar alimentando la necesidad de reconocimiento antes que el deseo de glorificar a Cristo.

No debemos pensar que este fenómeno ocurre únicamente fuera de la Iglesia. Precisamente porque se trata de una idolatría tan sutil, puede instalarse también en medio de quienes aman sinceramente al Señor. Cada vez que el ministerio alimenta el ego más que la comunión con Dios, una nueva cisterna comienza a excavar.

Cada vez que la aprobación de los hombres produce mayor satisfacción que la aprobación del Padre, el corazón empieza a beber de otra fuente. Cada vez que el servicio deja de ser una expresión de gratitud para convertirse en un medio de afirmación personal, el viejo hombre intenta recuperar el lugar que la cruz le quitó.

Por eso resulta tan necesario volver una y otra vez a la contemplación de Cristo. El Evangelio no nos invita a observar continuamente nuestro propio interior, sino a fijar

los ojos en Aquel que es el autor y consumidor de la fe **(Hebreos 12:2)**.

Existe una enorme diferencia entre la introspección permanente y la contemplación de Cristo. La primera termina encerrando al hombre dentro de sí mismo; la segunda lo transforma *“de gloria en gloria en la misma imagen”* del Señor, como enseña Pablo en **2 Corintios 3:18**.

Cuanto más contemplamos al Señor, menos necesidad sentimos de convertirnos en el centro de la historia. No porque nuestra vida deje de tener valor, sino precisamente porque descubrimos el verdadero fundamento de ese valor. Nuestra identidad ya no depende de la imagen que proyectamos, de los aplausos que recibimos ni de los logros que acumulamos. Descansa en el amor del Padre manifestado en Jesucristo. Quien ha comprendido que ha sido aceptado por gracia deja de vivir esclavizado por la necesidad permanente de justificarse delante de los hombres.

Ésta fue la libertad que caracterizó a los grandes hombres y mujeres de Dios a lo largo de la historia. No vivían impulsados por la obsesión de preservar su prestigio, sino por el deseo de permanecer fieles al Señor. Su mirada no estaba puesta sobre sí mismos, sino sobre Aquel que los había llamado. Comprendían que la gloria pertenece únicamente a Dios y que la mayor dignidad del creyente consiste precisamente en reflejar esa gloria, nunca en apropiarse de ella.

Quizá por eso Juan el Bautista pronunció una de las frases más hermosas de toda la Escritura cuando dijo acerca de Jesús: ***“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”*** (Juan 3:30). Aquellas palabras no expresan desprecio por la propia persona, sino el gozo de quien ha descubierto el orden correcto de la vida.

Cuando Cristo ocupa el centro, el hombre no pierde su identidad; finalmente la encuentra. Paradójicamente, es cuando dejamos de vivir obsesionados con nosotros mismos que comenzamos a experimentar la libertad para la cual fuimos creados.

La cultura seguirá insistiendo en que el camino hacia la plenitud consiste en mirarnos constantemente a nosotros mismos. El Evangelio continuará anunciando algo completamente diferente: la verdadera vida comienza cuando levantamos los ojos para contemplar a Cristo.

Allí cesa la tiranía del ego, allí se derrumba la más sofisticada de todas las cisternas y allí vuelve a brotar la alegría serena de quienes han descubierto que ya no necesitan ser el centro del universo, porque pertenecen a Aquel que sostiene el universo con la palabra de Su poder.

Sin embargo, el yo no es la única estrategia mediante la cual nuestra generación procura silenciar la sed del alma. Existe otra cisterna igualmente poderosa, quizá más aceptada y menos cuestionada, porque no promete grandeza ni reconocimiento, sino algo aparentemente mucho más

inocente: mantenernos permanentemente entretenidos. Y un corazón que nunca guarda silencio difícilmente podrá escuchar el suave murmullo de la Fuente.

***“Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios”.***

Hebreos 12:1 y 2

## Capítulo seis

# **UNA GENERACIÓN ENTRETENIDA ESPIRITUALMENTE SEDIENTA**

Toda generación posee sus propias fortalezas y también sus propias tentaciones. Algunas debieron enfrentar la persecución abierta; otras lucharon contra la pobreza extrema o la inseguridad permanente. La nuestra, en cambio, enfrenta un desafío mucho más silencioso y, precisamente por ello, mucho más difícil de reconocer.

Nunca el ser humano había vivido rodeado de tantos estímulos capaces de ocupar cada instante de su atención. La velocidad con la que circula la información, la inmediatez de las comunicaciones y la posibilidad de acceder en cualquier momento a un universo prácticamente ilimitado de contenidos han modificado profundamente la manera en que pensamos, sentimos y nos relacionamos con el mundo.

Sin embargo, más allá de los beneficios innegables que la tecnología ha traído consigo, existe una pregunta que la Iglesia no puede dejar de formularse: ¿qué sucede con un corazón que ha perdido la capacidad de permanecer en silencio delante de Dios?

No se trata de condenar los avances tecnológicos ni de idealizar épocas pasadas, como si toda novedad constituyera una amenaza para la vida espiritual. La Escritura jamás adopta esa postura. El problema nunca ha estado en los instrumentos, sino en el lugar que éstos ocupan dentro del corazón.

Un mismo recurso puede convertirse en una herramienta para extender el Reino o en una cisterna donde el alma intenta apagar una sed que solamente Cristo puede satisfacer. Por eso el verdadero discernimiento no consiste en preguntar qué objeto tenemos entre las manos, sino qué está ocurriendo en nuestro interior mientras lo utilizamos.

Quizá una de las características más llamativas de nuestro tiempo sea la dificultad para permanecer a solas. El silencio, que durante siglos fue considerado un espacio necesario para la reflexión, la oración y el encuentro con Dios, ha llegado a convertirse casi en una incomodidad.

Apenas aparece un momento libre, sentimos la necesidad de llenarlo con algún estímulo. Si caminamos, buscamos algo que escuchar. Si esperamos unos minutos, miramos una pantalla. Si terminamos una tarea, inmediatamente comenzamos otra. Pareciera que el simple hecho de detenernos produce una extraña sensación de vacío que procuramos evitar a toda costa.

No es difícil comprender por qué ocurre esto. El corazón humano fue creado para vivir en comunión. Necesita

permanecer unido a una fuente que le comunique vida. Cuando esa comunión comienza a debilitarse, el hombre experimenta una sed interior que procura aliviar de múltiples maneras.

Algunos buscan satisfacerla mediante el éxito, otros mediante el reconocimiento, otros a través del placer o del poder. Nuestra generación ha descubierto otra estrategia igualmente eficaz: mantenerse permanentemente entretenida para no escuchar las preguntas más profundas del alma.

El entretenimiento no siempre adormece la conciencia porque sea pecaminoso en sí mismo. Lo hace porque puede mantener al corazón ocupado sin permitirle detenerse a examinar aquello que verdaderamente necesita.

Una persona puede pasar horas consumiendo información, noticias, imágenes o conversaciones y, sin embargo, terminar el día sin haber dedicado un solo instante a escuchar la voz del Señor. Poco a poco se acostumbra a vivir rodeada de palabras, pero lejos de la Palabra; llena de sonidos, pero distante de la voz del Espíritu.

No deja de resultar significativo que, a lo largo de toda la Escritura, los grandes encuentros con Dios estén asociados a momentos de quietud mucho más que de agitación. Moisés se encontraba cuidando el rebaño cuando el Señor lo llamó desde la zarza ardiente (**Éxodo 3:1 al 4**). Samuel escuchó la voz de Dios durante el silencio de la noche (**1 Samuel 3:1 al 10**). David descubrió una y otra vez la presencia del Señor en

medio de la soledad de los campos donde pastoreaba las ovejas.

Elías, después de atravesar una profunda crisis espiritual, aprendió que Dios no estaba en el viento impetuoso, ni en el terremoto ni en el fuego, sino en ***“un silbo apacible y delicado”*** (1 Reyes 19:12). Ninguno de estos relatos pretende establecer una fórmula rígida acerca de cómo Dios debe hablar. Lo que revelan es otra realidad mucho más importante: el corazón necesita aprender a aquietarse para percibir aquello que el ruido permanente termina ocultando.

Quizá por eso el salmista escribió una de las invitaciones más desafiantes de toda la Biblia: ***“Estad quietos, y conoced que yo soy Dios”*** (Salmo 46:10). Con frecuencia leemos este versículo como si fuera simplemente una exhortación a mantener la calma en medio de las dificultades.

Sin embargo, su alcance es mucho mayor. El conocimiento de Dios requiere una disposición interior que el vértigo constante dificulta profundamente. No se trata solamente de reducir el ritmo exterior de nuestras actividades; se trata de permitir que el corazón vuelva a encontrar reposo delante del Señor.

Jesús mismo nos ofrece un ejemplo extraordinario de esta manera de vivir. Los Evangelios muestran a un Maestro rodeado continuamente por multitudes, demandas,

necesidades urgentes y largas jornadas de ministerio. Sin embargo, una y otra vez aparece retirándose a lugares solitarios para orar.

Marcos escribe: ***“Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba” (Marcos 1:35).*** No era un hábito ocasional. Formaba parte del ritmo mismo de Su vida. Antes de responder a las expectativas de los hombres, cultivaba la comunión con el Padre. Antes de hablar a las multitudes, permanecía en silencio delante de Dios.

Este detalle posee una enorme importancia para nosotros. Si el Hijo eterno de Dios, viviendo como hombre, consideró indispensable reservar tiempos de intimidad con el Padre, ¿cuánto más lo necesitamos quienes tantas veces experimentamos nuestra propia fragilidad? Sin embargo, la cultura contemporánea nos impulsa exactamente en sentido contrario.

Hoy se valora la productividad mucho más que la contemplación, la velocidad mucho más que la permanencia y la cantidad mucho más que la profundidad. El resultado es una generación que sabe hacer muchas cosas al mismo tiempo, pero que cada vez encuentra más difícil permanecer unos minutos en quietud delante del Señor.

Esta dificultad no afecta solamente la vida devocional individual; también transforma la manera en que vivimos la fe como comunidad. Existe el riesgo de que nuestras

reuniones cristianas reproduzcan el mismo ritmo acelerado que domina el resto de la semana.

Llenamos cada espacio con actividades, anuncios, música, programas y movimientos continuos, hasta el punto de olvidar que la Iglesia no fue llamada únicamente a hablar de Dios, sino también a disfrutar de Su presencia. En ocasiones pareciera que tenemos miedo de dejar unos minutos de silencio, como si el Espíritu Santo necesitara que nosotros mantuviéramos constantemente la actividad para poder obrar.

Sin embargo, el Reino posee un ritmo diferente. Jesús nunca actuó movido por la ansiedad. Jamás dio la impresión de correr detrás de los acontecimientos para evitar que se le escaparan de las manos. Incluso cuando recibió la noticia de la enfermedad de Lázaro, permaneció todavía dos días en el lugar donde estaba (**Juan 11:6**). Aquella decisión desconcertó a Sus discípulos, pero reveló una verdad que el corazón humano necesita aprender una y otra vez: quien vive gobernado por el Padre no necesita dejarse gobernar por la urgencia permanente.

No debemos confundir diligencia con ansiedad, ni actividad con fecundidad. El Reino nunca ha medido la vida por la cantidad de movimientos que somos capaces de realizar, sino por la profundidad de nuestra unión con Cristo. Una rama no produce fruto porque se esfuerza desesperadamente, sino porque permanece unida al tronco que le comunica la vida. De la misma manera, el creyente

jamás podrá reemplazar con actividad aquello que solamente la comunión puede producir.

En este punto resulta necesario hacer una observación importante. La sed espiritual rara vez desaparece porque el hombre logre distraerse suficientemente. Lo único que consigue es dejar de percibirla durante un tiempo. Algo semejante ocurre con quien padece una enfermedad y recurre continuamente a calmantes sin buscar jamás el tratamiento adecuado.

Cuando eso ocurre, el dolor parece disminuir por algunos momentos, pero la causa permanece intacta. Así funcionan también muchas de las distracciones contemporáneas. No resuelven la sed del alma; simplemente la mantienen momentáneamente silenciada.

Por eso, cuando el entretenimiento termina, el vacío vuelve a hacerse presente con la misma intensidad. Entonces la persona necesita una dosis todavía mayor de estímulos para evitar enfrentarse nuevamente consigo misma. Poco a poco se forma un círculo del que resulta muy difícil salir: cuanto más ruido existe alrededor, más difícil resulta escuchar la voz de Dios; y cuanto menos se escucha Su voz, mayor necesidad se experimenta de llenar el corazón con nuevos ruidos.

Frente a esta realidad, el Evangelio propone un camino completamente distinto. Jesús no invita al hombre a buscar una distracción mejor, sino a regresar a la Fuente. No

promete simplemente aliviar el cansancio emocional producido por el ritmo de la vida moderna.

Ofrece algo infinitamente más profundo: ***“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”*** (Mateo 11:28). El descanso del que habla el Señor no consiste únicamente en la ausencia de trabajo o de responsabilidades. Es el reposo de un corazón que ha dejado de buscar desesperadamente aquello que solamente puede encontrarse en Él.

Cuando el creyente vuelve a beber de esa Fuente, comienza a descubrir el valor de prácticas que el mundo considera improductivas. La oración deja de ser un deber religioso para convertirse en un encuentro esperado. La lectura de la Palabra ya no consiste en acumular información, sino en escuchar la voz del Padre.

Los momentos de adoración dejan de medirse por su duración y comienzan a valorarse por la profundidad de la comunión que producen. El silencio deja de ser un espacio vacío para transformarse en el lugar donde el alma vuelve a recordar quién es Dios y quiénes somos nosotros delante de Él.

Quizá ésta sea una de las restauraciones más urgentes que la Iglesia necesita experimentar en nuestros días. No me refiero únicamente a recuperar determinados hábitos espirituales, sino a redescubrir el placer de permanecer en la presencia del Señor sin otra pretensión que disfrutar de Él.

El Reino nunca fue construido por hombres agitados, sino por hombres y mujeres que aprendieron a vivir desde la comunión. La historia de la Iglesia demuestra que los grandes despertares espirituales siempre nacieron primero en el secreto, allí donde alguien decidió apagar por un momento el ruido del mundo para volver a escuchar el murmullo inconfundible de la Fuente.

Sin embargo, después de recorrer estas cisternas propias de nuestra generación, todavía nos queda contemplar una de las más sutiles y peligrosas. Hasta ahora hemos hablado del éxito, del ego y del entretenimiento. Pero existe una realidad que puede adoptar incluso un lenguaje profundamente espiritual y, aun así, reemplazar silenciosamente a Cristo.

Es posible servir, predicar, enseñar, dirigir, estudiar las Escrituras y dedicar toda una vida al ministerio sin advertir que, poco a poco, la obra ha ocupado el lugar que solamente corresponde al Señor de la obra. Ésa será, quizá, la cisterna más difícil de reconocer, precisamente porque se construye utilizando materiales aparentemente sagrados.

## Capítulo siete

### **CUANDO EL MINISTERIO SE CONVIERTE EN CISTERNA**

Existe una afirmación pronunciada por el Señor Jesucristo que, cuanto más se medita, más capacidad tiene para conmover el corazón de quienes desean servirle. No fue dirigida a incrédulos ni a personas completamente alejadas de Dios. Fue pronunciada pensando en hombres profundamente religiosos, convencidos de estar trabajando para el Reino.

***“Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.”***

Mateo 7:22 y 23

Cada vez que leemos estas palabras solemos concentrarnos en el desenlace, pero conviene detenernos también en la lista que presentan aquellos hombres delante del Señor. Ninguno menciona pecados escandalosos. Nadie habla de inmoralidad, de idolatría o de rebeldía abierta. Al contrario, todos presentan un currículum ministerial que

cualquier congregación consideraría extraordinario. Profetizaron, expulsaron demonios y fueron testigos de manifestaciones sobrenaturales del poder de Dios. Sin embargo, Cristo no responde evaluando sus obras. Va directamente al centro de la cuestión: *“Nunca os conocí”*.

La respuesta del Señor revela un principio que atraviesa todo el Evangelio y que resulta imprescindible recuperar en nuestros días. La vida espiritual jamás puede medirse únicamente por aquello que hacemos para Dios. Antes de preguntarnos qué estamos haciendo, el Reino siempre nos conduce a preguntarnos desde dónde lo estamos haciendo.

La actividad nunca constituye una prueba suficiente de comunión. Puede existir mucho movimiento sin verdadera permanencia, mucho servicio sin intimidad y hasta abundantes resultados visibles sin una relación viva con Cristo.

Ésta es, probablemente, una de las cisternas más difíciles de reconocer porque está construida con materiales profundamente religiosos. A diferencia de las cisternas que hemos considerado en los capítulos anteriores, ésta no suele presentarse como una alternativa opuesta al Señor. Se reviste de lenguaje bíblico, participa de la vida de la Iglesia, habla del Reino y desarrolla tareas que, en sí mismas, pueden ser profundamente valiosas. Precisamente por eso resulta tan peligrosa. El creyente puede pasar años bebiendo de ella sin

advertir que, poco a poco, ha dejado de beber directamente de la Fuente.

No debemos olvidar que el ministerio nació como un regalo de Cristo para Su Iglesia. El apóstol Pablo enseña que fue el Señor resucitado quien ***“constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros”*** (Efesios 4:11), con el propósito de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio y edificar el cuerpo de Cristo. En consecuencia, el ministerio nunca fue concebido como un espacio donde el hombre encontrara su identidad, sino como una expresión de la vida que previamente había recibido de Cristo.

Sin embargo, el corazón humano posee una extraordinaria capacidad para transformar los dones en sustitutos del Dador. Lo que comenzó siendo un llamado puede terminar convirtiéndose en una necesidad de reconocimiento. Lo que nació como un acto de obediencia puede derivar lentamente en una plataforma para afirmar el propio valor. Sin advertirlo, el siervo empieza a depender emocionalmente de aquello que hace para Dios más que de la comunión con el Dios a quien sirve.

La transición suele ser tan lenta que resulta casi imperceptible. Al principio el creyente sirve porque ama al Señor. Más adelante puede llegar a medir el estado de su vida espiritual por la cantidad de responsabilidades que desempeña. Si predica, se siente útil. Si dirige una reunión,

experimenta satisfacción. Si recibe reconocimiento por su trabajo, concluye que todo marcha bien.

Poco a poco, el servicio comienza a ocupar un lugar que nunca le correspondió. La comunión deja de ser el fundamento del ministerio para convertirse apenas en el combustible necesario para sostenerlo. En ese momento la obra empieza silenciosamente a reemplazar al Obrero.

Esta realidad no constituye un problema exclusivo de quienes desarrollan ministerios visibles. Puede manifestarse en cualquier área de la vida cristiana. Existe el riesgo de que un maestro encuentre su seguridad en el conocimiento que ha acumulado, que un músico termine dependiendo más del momento de la adoración pública que de su adoración secreta, que un pastor identifique su valor con el crecimiento de la congregación o que un creyente sencillo llegue a pensar que su aceptación delante de Dios depende de la cantidad de tareas que realiza en la Iglesia.

En todos los casos el mecanismo espiritual es exactamente el mismo. La cisterna cambia de nombre, aunque la sed continúa siendo la misma. Es importante observar que Jesús les enseñó a sus discípulos a poner el Reino en el primer lugar, Él no estaba hablando a incrédulos. Aquellos hombres ya habían dejado sus redes, habían recorrido los caminos de Galilea anunciando el evangelio, habían visto milagros extraordinarios y, sin embargo, el Maestro les recuerda que toda fecundidad futura dependerá exclusivamente de permanecer unidos a Él y poner en primer

lugar el Reino de Dios y Su justicia. No les entregó nuevas técnicas ministeriales ni estrategias para alcanzar mayor influencia. Les habló de permanencia y enfoque.

La razón es sencilla. El Reino nunca ha funcionado por acumulación de recursos espirituales, sino por participación continua en la vida de Cristo. El pámpano no almacena savia para independizarse de la vid. Vive porque permanece unido a ella. En el mismo instante en que esa unión se interrumpe, comienza inevitablemente el proceso de marchitamiento.

Quizá aquí encontremos una diferencia fundamental entre la lógica del Reino y la lógica de la religión. La religión tiende a valorar principalmente aquello que el hombre produce. El Reino, en cambio, pone toda su atención sobre la vida de la cual procede esa producción. La religión pregunta: “¿Cuánto has hecho?”. Cristo pregunta: “¿Has permanecido en mí?”. La religión celebra la eficiencia. El Reino busca fidelidad. La religión puede conformarse con una agenda llena. Cristo sigue buscando un corazón lleno de Su presencia.

No deja de resultar profundamente significativo que, después de la resurrección, cuando Jesús se encuentra con Pedro junto al mar de Galilea, no le pregunte cuántos sermones piensa predicar ni cuántas personas alcanzará con su ministerio. La conversación comienza con una sola pregunta repetida tres veces: “¿*Me amas?*” (**Juan 21:15 al 17**). Solamente después de afirmar ese amor, el Señor le encomienda apacentar Sus ovejas.

El orden nunca es accidental. Primero el amor, después el servicio. Primero la comunión, después la misión. Cuando ese orden se altera, aun las tareas más nobles corren el riesgo de transformarse en cisternas incapaces de comunicar vida.

Quizá por eso el apóstol Pablo, al escribir a los corintios, realizó una de las afirmaciones más sorprendentes del Nuevo Testamento. ***“Si yo hablase lenguas humanas y angélicas... si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia... y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres... y no tengo amor, nada soy”*** (1 Corintios 13:1 al 3).

Observemos que Pablo no está despreciando los dones espirituales, el conocimiento ni el servicio sacrificial. Él mismo dedicó toda su vida al ministerio. Lo que está enseñando es que ninguna de esas realidades posee vida en sí misma. Todo encuentra su verdadero significado únicamente cuando nace de la comunión con Cristo y participa de Su amor.

Éste es uno de los peligros más sutiles del conocimiento teológico. La Escritura constituye el tesoro más precioso que Dios ha entregado a Su Iglesia. Sin embargo, el estudio de la Palabra puede terminar convirtiéndose en una cisterna si deja de conducirnos hacia Aquel de quien toda la Escritura da testimonio. Jesús dijo a los líderes religiosos de Su tiempo: ***“Escudriñáis las Escrituras... y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida”*** (Juan 5:39 y 40).

¡Qué advertencia tan solemne para quienes amamos la enseñanza bíblica! Es posible conocer cada vez más acerca de Cristo y, al mismo tiempo, dejar de cultivar el gozo de estar con Cristo. Podemos convertir la revelación en información, la doctrina en argumento y la verdad en un simple objeto de estudio. Cuando eso ocurre, la teología deja de ser una ventana que nos permite contemplar al Señor para transformarse en un depósito donde acumulamos conocimientos que ya no alimentan la comunión.

Sin embargo, el Nuevo Pacto nos recuerda una realidad completamente distinta. Dios no prometió simplemente entregar un conjunto más perfecto de enseñanzas. Prometió escribir Su ley en nuestros corazones, darnos un espíritu nuevo y hacer de nosotros Su morada (**Jeremías 31:33; Ezequiel 36:26 y 27**). La vida cristiana no consiste en administrar correctamente un sistema religioso, sino en participar de la vida del Hijo mediante el Espíritu Santo.

Cuando esta verdad vuelve a ocupar el centro, el ministerio recupera su verdadera belleza. Dejamos de servir para demostrar algo y comenzamos a servir porque la vida de Cristo fluye naturalmente hacia los demás. El conocimiento deja de inflar el ego para producir adoración. La predicación deja de ser una exhibición de capacidades y se convierte en el humilde privilegio de señalar al Cordero de Dios. La Iglesia deja de girar alrededor de los hombres y vuelve a girar alrededor de Aquel que es su única Cabeza.

Tal vez ésta sea la restauración que el Señor desea producir antes de conducirnos a la siguiente etapa de nuestro recorrido. Hemos identificado muchas cisternas y hemos descubierto que incluso las más espirituales pueden quedarse sin agua cuando ocupan el lugar reservado para Cristo. Pero el propósito de Dios nunca fue dejar a Su pueblo contemplando sus depósitos vacíos. Toda la denuncia profética tiene como finalidad preparar el camino para un encuentro.

Después de recorrer las calles de Jerusalén junto a Jeremías, ha llegado el momento de viajar varios siglos hacia adelante. Allí, junto a un antiguo pozo en la región de Samaria, un Hombre cansado por el camino esperará a una mujer cuya vida se había convertido en una sucesión de cisternas incapaces de saciar su sed. Y será precisamente en ese encuentro donde la historia dejará de hablar principalmente del fracaso del hombre para comenzar a revelar la inagotable misericordia de la Fuente verdadera.

## PARTE III

# **EL ENCUENTRO CON LA FUENTE**

## Capítulo ocho

### **EL HOMBRE QUE VOLVIÓ A OFRECER AGUA VIVA**

Pocas escenas del Evangelio poseen una belleza tan sencilla y, al mismo tiempo, una profundidad tan extraordinaria como la conversación entre Jesús y la mujer samaritana junto al pozo de Jacob. A primera vista parece tratarse únicamente del encuentro casual entre un viajero cansado y una mujer que llega para buscar agua.

Sin embargo, cuanto más detenidamente observamos el relato, más claramente comprendemos que en aquel mediodía de Samaria confluyen siglos enteros de historia redentora. Allí, junto a un pozo excavado por manos humanas, vuelve a presentarse la misma decisión que Jeremías había planteado muchos siglos antes: continuar dependiendo de una cisterna o beber finalmente de la Fuente de aguas vivas.

El evangelista Juan comienza el relato con una observación aparentemente sencilla: ***“Le era necesario pasar por Samaria” (Juan 4:4)***. Durante mucho tiempo estas palabras fueron interpretadas únicamente como una referencia geográfica. Sin embargo, el camino habitual que

seguían muchos judíos evitaba deliberadamente aquella región debido a la profunda enemistad existente entre judíos y samaritanos. Jesús no pasó por Samaria porque fuera el único camino posible. Pasó por Samaria porque allí había un corazón sediento que el Padre había determinado encontrar.

Esta verdad atraviesa toda la historia de la salvación. Mucho antes de que el hombre comenzara a buscar a Dios, Dios ya había comenzado a buscar al hombre. Así ocurrió en el huerto del Edén, cuando Adán y Eva se escondieron entre los árboles y el Señor salió a llamarlos: “*¿Dónde estás tú?*” (**Génesis 3:9**).

Así ocurrió cuando Dios llamó a Abraham desde Ur de los caldeos, cuando fue al encuentro de Moisés en el desierto o cuando buscó a Zaqueo en Jericó. La gracia siempre inicia el camino. El hombre cree que está buscando respuestas, cuando en realidad ha sido el Señor quien, silenciosamente, ha comenzado mucho antes la obra de acercarlo nuevamente a la Fuente.

Al llegar al pozo, Jesús se sienta cansado del camino mientras Sus discípulos van a la ciudad para comprar alimentos. El detalle posee una enorme belleza teológica. El Hijo eterno de Dios, por medio de quien fueron hechas todas las cosas, aparece experimentando el cansancio propio de nuestra humanidad. Juan no intenta ocultarlo. Al contrario, desea que contemplemos a un Salvador verdadero, capaz de compartir plenamente nuestra condición, excepto en el pecado. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (**Juan**

**1:14)**, no para observar desde la distancia la sed del hombre, sino para entrar en ella y rescatarlo desde adentro.

Cuando la mujer llega con su cántaro, Jesús rompe inmediatamente todas las barreras que la sociedad había levantado entre ambos. ***“Dame de beber” (Juan 4:7)***, le dice con una naturalidad que desconcierta a la samaritana. No era solamente un hombre hablando con una mujer desconocida. Era un judío dirigiéndose amistosamente a una samaritana. Era un maestro dispuesto a conversar con alguien cuya historia estaba marcada por el fracaso. Era Dios acercándose a quien probablemente ya había dejado de esperar que Dios quisiera acercarse a ella.

Cuántas veces imaginamos que el Señor comienza señalando nuestros pecados, cuando el Evangelio nos muestra algo muy diferente. Jesús inicia la conversación despertando un vínculo. No minimiza la realidad de aquella mujer ni ignora el desorden de su vida, pero tampoco comienza definiéndola por sus heridas. Antes de hablar de sus cinco maridos, antes de confrontar sus decisiones y antes de revelar Su identidad como Mesías, simplemente establece un diálogo. El amor siempre encuentra la manera de acercarse antes de corregir.

La respuesta de la mujer deja entrever años de prejuicios acumulados: ***“¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?” (Juan 4:9)***. Sin embargo, Jesús no se detiene en aquella discusión histórica. Él siempre conduce la conversación hacia un nivel mucho

más profundo. No vino para resolver antiguas rivalidades religiosas, sino para responder a la sed del corazón humano.

Entonces pronuncia una de las declaraciones más extraordinarias de todo el Nuevo Testamento: ***“Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva” (Juan 4:10).*** Toda la conversación cambia a partir de ese momento. Hasta entonces la mujer pensaba únicamente en el agua del pozo, pero Jesús comenzó a hablar del agua de la vida.

Ella seguramente miró el cántaro, pero Jesús estaba señalando el corazón. Tal vez ella pensó en la sed del cuerpo, pero Él estaba revelando la sed del alma. Éste ha sido siempre el método del Señor. Nunca se limita a responder la necesidad inmediata de las personas. Va hasta la raíz de esa necesidad. Comprende que detrás de cada búsqueda existe una sed mucho más profunda que ninguna realidad creada podrá satisfacer.

No deja de resultar significativo que Jesús utilice precisamente la imagen del agua para revelar el alcance de Su obra. No escogió el pan, aunque también más adelante se presentará como el Pan de Vida. No habló de la luz, aunque afirmará ser la Luz del mundo. En aquel momento retoma deliberadamente el mismo lenguaje que atravesaba toda la historia de Israel. El río del Edén, el agua brotando de la roca, las palabras de Jeremías acerca de la Fuente de aguas vivas... todo converge silenciosamente en esta conversación. Lo que

el profeta había anunciado con dolor, Cristo viene ahora a restaurarlo con gracia.

La mujer, sin embargo, todavía permanece en el plano material. ***“Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo” (Juan 4:11).*** Resulta fácil sonreír al leer su respuesta, pero, si somos sinceros, descubriremos que muchas veces nosotros hacemos exactamente lo mismo. Escuchamos las promesas espirituales del Señor y, casi sin advertirlo, seguimos interpretándolas desde los límites de nuestra experiencia natural. Pensamos en soluciones visibles cuando Dios está ofreciendo una transformación interior. Miramos nuestras circunstancias mientras Él contempla nuestro corazón.

Entonces Jesús pronuncia las palabras que constituyen el centro de todo este capítulo y, en cierto sentido, de todo este libro: ***“Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4:13 y 14).***

Detengámonos por un momento en el contraste que el Señor establece. No dice que el agua del pozo sea mala, simplemente afirma que resulta insuficiente. Puede apagar la sed por algunas horas, pero no puede impedir que vuelva. Ésa es exactamente la diferencia entre una cisterna y la Fuente.

Las cisternas siempre obligan a regresar. Prometen satisfacción, pero exigen volver una y otra vez porque nunca consiguen llenar completamente el corazón. Así ocurre con el éxito, con el reconocimiento, con el placer, con el dinero, con el poder y aun con las formas vacías de religiosidad. Cada una de ellas ofrece un alivio momentáneo, pero ninguna posee la capacidad de transformar la condición interior del hombre. Todas producen una satisfacción limitada, porque todas pertenecen al orden de lo creado.

Cristo, en cambio, no ofrece simplemente una provisión mayor de agua. Ofrece convertirse Él mismo en una Fuente que brota desde el interior. Ésta constituye una de las revelaciones más gloriosas del Nuevo Pacto. Dios ya no se limita a visitar ocasionalmente al hombre desde el exterior. Viene a habitar en él por medio del Espíritu Santo.

La vida deja de depender de depósitos acumulados para comenzar a fluir continuamente desde la presencia misma de Cristo. La promesa no consiste en llenar repetidamente una cisterna, sino en hacer nacer un manantial.

Aquí se encuentra la diferencia fundamental entre toda religión y el Evangelio. La religión enseña al hombre a regresar continuamente al pozo para buscar aquello que nunca termina de poseer. El Evangelio anuncia que la Fuente misma ha venido a establecer Su morada dentro del creyente. La religión organiza peregrinaciones hacia determinados lugares. Cristo convierte al creyente en el lugar donde el Espíritu Santo desea habitar.

Mientras la mujer continúa escuchando, probablemente todavía sin comprender toda la dimensión de aquellas palabras, el Señor dirige la conversación hacia la verdadera causa de su sed. No lo hace para avergonzarla, sino para mostrarle que el agua viva nunca podrá recibirse mientras el corazón siga creyendo que otras cisternas bastarán para darle vida.

Sus cinco matrimonios fracasados no eran el problema principal. Eran la evidencia visible de una búsqueda mucho más antigua y mucho más profunda. Aquella mujer no había cambiado repetidamente de esposo porque disfrutara del fracaso. Lo había hecho porque, como todos los seres humanos, estaba buscando desesperadamente un lugar donde descansar el alma.

Precisamente allí se produce uno de los momentos más hermosos del Evangelio. Jesús demuestra que conoce toda su historia y, aun así, permanece sentado junto al pozo. No se levanta para marcharse. No cambia el tono de Su voz. No retira la invitación que le había hecho unos momentos antes. Cuanto más profundamente revela la verdad acerca de aquella mujer, más claramente queda de manifiesto la inmensidad de Su gracia.

Éste es el Cristo que el mundo continúa necesitando conocer. No un Salvador que ignora el pecado, tampoco un juez que disfruta exponiéndolo, sino el Cordero de Dios que revela la verdad para poder sanar aquello que el hombre jamás habría podido sanar por sí mismo.

Mientras contemplamos esta escena, comenzamos a comprender que el viaje iniciado en Jeremías está llegando a un punto decisivo. Allí el Señor lamentaba que Su pueblo hubiera abandonado la Fuente de aguas vivas. Aquí la Fuente misma, hecha carne, se sienta junto a un pozo para ofrecer gratuitamente aquello que ninguna cisterna había podido producir.

Sin embargo, la conversación todavía no ha terminado. Porque después de mostrar quién es la Fuente, Jesús comenzó a revelar todo aquello que únicamente esa Fuente puede producir en la vida de quienes deciden beber de ella. Allí descubriremos que el Evangelio del Reino no vino solamente a perdonar pecados, sino a impartir una vida completamente nueva, una vida que ninguna obra humana habría podido fabricar y que ninguna cisterna podrá jamás contener.

## Capítulo nueve

# **LO QUE NINGUNA CISTERNA PUEDE PRODUCIR**

A lo largo de nuestra reflexión hemos observado cómo el corazón humano posee una extraordinaria capacidad para buscar sustitutos. Cuando deja de beber de la Fuente de aguas vivas, comienza casi inevitablemente a cavar cisternas donde espera encontrar aquello que solamente Dios puede ofrecer.

Algunas prometen seguridad; otras, reconocimiento; otras, placer, éxito o aceptación. Incluso la religión puede transformarse en una de ellas cuando deja de conducirnos hacia Cristo para convertirse en un sistema que gira alrededor de sí mismo.

Sin embargo, existe una verdad que merece ser contemplada con detenimiento. El problema de las cisternas no consiste únicamente en que terminan vaciándose. Su verdadera limitación es mucho más profunda. Ninguna de ellas posee la capacidad de producir vida. Pueden ofrecer alivios momentáneos, despertar emociones intensas o generar una sensación pasajera de satisfacción, pero ninguna puede realizar la obra creadora que únicamente pertenece a Dios.

Éste ha sido siempre el gran límite de todo esfuerzo humano. El hombre puede construir ciudades, desarrollar tecnologías admirables, organizar sistemas complejos y alcanzar niveles sorprendentes de conocimiento, pero continúa siendo incapaz de producir aquello que más necesita: una vida reconciliada con su Creador.

Desde el comienzo de la historia bíblica, la vida aparece inseparablemente unida a Dios mismo. No es un recurso que Él administra desde la distancia; forma parte de Su propia naturaleza. Por eso el evangelista Juan afirma acerca del Verbo eterno: ***“En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres” (Juan 1:4)***. No dice simplemente que Cristo comunica vida. Afirma algo infinitamente mayor: la vida habita en Él.

Esta declaración transforma completamente nuestra manera de comprender el Evangelio. Con frecuencia pensamos que Jesús vino principalmente para resolver el problema de nuestros pecados, y ciertamente lo hizo de una manera perfecta mediante Su sacrificio en la cruz. Pero la obra de Cristo no termina allí.

El perdón, siendo absolutamente indispensable, constituye el comienzo de una restauración mucho más amplia. Dios no se propuso únicamente cancelar la deuda del hombre; quiso compartir con él Su propia vida. El Nuevo Pacto no consiste solamente en la remoción de la culpa, sino en la participación de una realidad completamente nueva.

Por esa razón, el Señor nunca presentó la salvación únicamente como un cambio de destino eterno. Habló de un nuevo nacimiento. ***“El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3)***, dijo a Nicodemo. Resulta significativo que utilizara precisamente la imagen del nacimiento.

Un nacimiento no representa una mejora de la vida anterior; señala el comienzo de una vida distinta. Así ocurre también en la obra de la gracia. Dios no toma al viejo hombre para perfeccionarlo gradualmente hasta convertirlo en algo aceptable. Lo hace participar de la vida del Hijo, inaugurando una existencia completamente nueva.

Ésta es una verdad que el apóstol Pablo desarrolla con admirable claridad cuando escribe: ***“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17)***. Observemos cuidadosamente la expresión utilizada. No dice que algunas cosas mejoraron ni que otras fueron corregidas. Habla de una nueva creación. El lenguaje remite deliberadamente al Génesis. Así como en el principio Dios llamó a la existencia aquello que no existía, ahora realiza una nueva obra creadora en quienes creen en Su Hijo.

Aquí comienza a manifestarse la diferencia radical entre la Fuente y cualquier cisterna. Las cisternas solamente pueden almacenar aquello que reciben desde afuera. La Fuente, en cambio, brota desde adentro porque su origen no depende de circunstancias externas. De la misma manera,

todo sistema religioso puede enseñar normas, transmitir conocimientos o promover determinados hábitos, pero jamás podrá impartir la vida de Cristo. Esa vida pertenece únicamente al Espíritu Santo, quien viene a morar en el creyente para hacer efectiva la promesa pronunciada siglos antes por los profetas: ***“Pondré dentro de vosotros mi Espíritu”*** (Ezequiel 36:27).

Cuando comprendemos esta realidad, también cambia nuestra manera de entender la gracia. Muchas veces la hemos reducido únicamente al favor inmerecido mediante el cual Dios perdona nuestros pecados. Sin embargo, la gracia es mucho más que eso.

Es la acción poderosa de Dios comunicando al hombre aquello que el hombre jamás podría producir por sí mismo. Es Cristo viviendo en nosotros. Es la vida del cielo abriéndose paso dentro de una naturaleza que, por sus propias fuerzas, jamás habría podido agradar a Dios.

Por eso Pablo podía afirmar: ***“Por la gracia de Dios soy lo que soy”*** (1 Corintios 15:10). No estaba hablando únicamente de un cambio de conducta. Estaba confesando que toda su existencia había sido transformada por una vida que no provenía de él mismo. El antiguo perseguidor había muerto. Ahora vivía un hombre cuyo centro ya no era el orgullo fariseo, sino la presencia del Cristo resucitado.

Lo mismo ocurre con el perdón. Ninguna cisterna puede producirlo verdaderamente. El hombre puede intentar

olvidar el pasado, justificar sus errores o convencerse de que no necesita reconciliación con Dios. Puede incluso desarrollar mecanismos psicológicos que alivien momentáneamente el peso de la culpa. Pero el problema permanece intacto hasta que la sangre de Cristo habla mejor que nuestra conciencia. Solamente el Cordero de Dios puede borrar aquello que ningún esfuerzo humano logra quitar.

La paz constituye otro ejemplo extraordinario de esta diferencia. Nuestra generación busca desesperadamente paz interior. Se multiplican las propuestas para reducir la ansiedad, controlar las emociones o aprender técnicas de relajación.

Muchas de ellas pueden ofrecer beneficios reales en determinados aspectos de la vida, pero ninguna alcanza la raíz del problema. Jesús no prometió simplemente una sensación pasajera de tranquilidad. Declaró: ***“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da”*** (Juan 14:27).

Es importante detenernos en estas últimas palabras. ***“No os la doy como el mundo la da...”*** Existe una paz que el mundo intenta producir y otra que solamente Cristo puede impartir. La primera depende de las circunstancias; la segunda nace de la comunión con Dios. La primera desaparece cuando cambian las condiciones exteriores; la segunda permanece incluso en medio de la tormenta porque brota de una realidad mucho más profunda que los acontecimientos visibles.

Lo mismo sucede con la identidad. Una de las grandes búsquedas de nuestro tiempo consiste en descubrir quiénes somos. Se invita al hombre a construir su propia identidad, a definirla según sus deseos, sus capacidades o sus preferencias personales. Sin embargo, el Evangelio anuncia algo completamente diferente.

No somos nosotros quienes fabricamos nuestra identidad; la recibimos del Padre. ***“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Juan 3:1).*** La filiación no es una conquista. Es un regalo de la gracia.

Aquí aparece nuevamente la diferencia entre el depósito y el manantial. Las cisternas obligan al hombre a producir continuamente aquello que necesita para sentirse completo. Cristo, en cambio, comunica gratuitamente lo que jamás habríamos podido fabricar. La aceptación deja de depender del rendimiento. La dignidad ya no necesita construirse mediante logros. El valor personal deja de descansar sobre la aprobación de los demás porque encuentra un fundamento mucho más sólido en el amor inmutable del Padre.

Quizá ninguna realidad exprese mejor esta transformación que la esperanza. Las esperanzas construidas por el hombre suelen depender del comportamiento de la economía, de la estabilidad política, de la salud, del éxito de los proyectos o de la respuesta de otras personas. Todas ellas

poseen un mismo problema: pueden desaparecer de un momento a otro.

La esperanza que nace del Evangelio, en cambio, descansa sobre una Persona que permanece inmutable. Por eso Pedro habla de *“una esperanza viva”* (1 Pedro 1:3). No se trata de un optimismo ingenuo ni de una actitud positiva frente a las circunstancias. Es una esperanza viva porque procede del Cristo vivo.

Cuanto más contemplamos estas verdades, más claramente comprendemos que el Evangelio nunca fue una invitación a administrar mejor nuestras antiguas cisternas. Es un llamado a abandonar definitivamente la ilusión de que ellas pueden producir aquello que únicamente brota de la Fuente.

La gracia, el perdón, la paz, la identidad, la adopción, la comunión con el Padre y la esperanza eterna no son recompensas que el hombre alcanza después de suficiente esfuerzo espiritual. Son expresiones de una vida que tiene su origen en Cristo y que el Espíritu Santo comunica gratuitamente a quienes creen.

Tal vez aquí se encuentre una de las razones por las cuales tantas personas viven agotadas aun dentro de la vida religiosa. Han intentado producir por esfuerzo aquello que solamente puede recibirse por participación. Se esfuerzan por fabricar paz, por construir identidad, por alcanzar aceptación o por sostener una alegría permanente, cuando el Señor jamás

les pidió que fabricaran esas realidades. Les ofreció una Fuente.

La vida cristiana comienza a cambiar profundamente cuando dejamos de preguntarnos qué podemos producir para Dios y empezamos a descubrir aquello que Dios desea producir en nosotros. El centro deja de estar en nuestras capacidades para desplazarse hacia Su suficiencia. Comprendemos entonces que el Reino no se edifica mediante la acumulación de recursos espirituales, sino mediante la permanencia en Aquel que posee la vida en Sí mismo.

Sin embargo, todavía queda una imagen que merece ser desarrollada con mayor profundidad. A lo largo de estas páginas hemos hablado repetidamente de cisternas y de fuentes, pero aún no hemos considerado una diferencia esencial entre ambas.

La cisterna vive de lo que logra almacenar; el manantial nunca deja de producir. Comprender esta verdad nos permitirá descubrir uno de los principios más extraordinarios del Reino de Dios y, probablemente, una de las revelaciones más transformadoras de todo este libro.

## Capítulo diez

### **DIFERENCIA ENTRE DEPÓSITO Y MANANTIAL**

A simple vista, una cisterna y un manantial pueden parecer semejantes. Ambos contienen agua. Ambos responden, al menos en apariencia, a la misma necesidad. Ambos permiten que quien tiene sed pueda beber. Sin embargo, basta detenerse unos instantes para descubrir que entre ellos existe una diferencia tan profunda que resulta imposible compararlos.

La cisterna depende siempre de aquello que logró almacenar; el manantial, en cambio, posee vida en sí mismo. La primera vive de sus reservas. El segundo produce continuamente aquello que comunica.

Esta diferencia, que en el mundo natural parece tan evidente, encierra una de las enseñanzas espirituales más profundas de toda la Escritura. Desde el principio hasta el final de la revelación bíblica, Dios nunca procuró formar un pueblo que viviera de depósitos espirituales cuidadosamente acumulados. Su propósito siempre fue mucho más elevado.

Él quiso levantar hombres y mujeres cuya existencia dependiera cada día de Su propia vida, de tal manera que no caminaran apoyados en antiguas reservas, sino en una comunión presente y permanente con Él.

Quizá ésta sea una de las razones por las cuales el Señor condujo a Israel durante cuarenta años por el desierto antes de introducirlo en la tierra prometida. Humanamente hablando, aquel recorrido parecía ilógico. No existían campos cultivados, ni ciudades donde abastecerse, ni recursos suficientes para sostener durante tanto tiempo a una multitud semejante. Sin embargo, precisamente allí Dios estaba enseñando una de las lecciones más importantes que Su pueblo necesitaría aprender.

El maná descendía cada mañana y solamente podía recogerse para ese día. Quien intentaba guardarlo para la jornada siguiente descubría que se llenaba de gusanos y despedía mal olor (**Éxodo 16:19 y 20**). No era una simple norma alimenticia. Era una pedagogía divina. El Señor estaba formando un pueblo que aprendiera a vivir desde la dependencia diaria y no desde la falsa seguridad de las reservas acumuladas.

A los ojos de la lógica humana, aquella forma de provisión resultaba incómoda. Habría parecido mucho más razonable permitir que cada familia almacenara suficiente alimento para varias semanas. Sin embargo, Dios conocía el corazón del hombre. Sabía que existe una enorme diferencia

entre administrar un depósito y caminar diariamente dependiendo de la fidelidad del Padre.

Mientras el depósito alimenta la sensación de control, la dependencia fortalece la confianza. Allí donde el hombre cree poder sostener su propia vida mediante aquello que ha acumulado, poco a poco deja de experimentar la necesidad de mirar hacia el cielo.

Este principio atraviesa toda la historia de la redención. Cuando Jesús enseñó a Sus discípulos a orar, no les dijo que pidieran provisión para toda la vida. Les enseñó a decir: ***“El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”*** (Mateo 6:11). No porque el Padre ignore nuestras necesidades futuras, sino porque desea formar hijos cuya seguridad repose en Su fidelidad y no en la cantidad de recursos almacenados.

El Reino nunca pretende alimentar la ansiedad por el mañana; busca conducir el corazón hacia una confianza creciente en Aquel que sostiene todas las cosas con la palabra de Su poder.

Quizá aquí encontremos una de las diferencias más profundas entre la religión y la vida del Espíritu. La religión tiende naturalmente a construir depósitos. Acumula conocimientos, normas, experiencias, tradiciones y estructuras con la esperanza de garantizar estabilidad espiritual. Ninguna de estas realidades es necesariamente mala en sí misma.

La enseñanza bíblica es indispensable, la historia de la Iglesia merece ser conocida y las disciplinas espirituales ocupan un lugar importante dentro de la formación cristiana. Sin embargo, todas ellas dejan de cumplir su propósito cuando comienzan a reemplazar la dependencia viva del Señor.

Existe una enorme diferencia entre recordar una experiencia con Dios y vivir actualmente en Su presencia. También hay una gran distancia entre conocer doctrinas acerca del Espíritu Santo y caminar diariamente bajo Su dirección. Las experiencias del pasado constituyen un testimonio precioso de la fidelidad divina, pero nunca fueron dadas para sustituir la comunión presente. Cada generación necesita descubrir nuevamente que la Fuente continúa brotando.

Ésta fue precisamente la tragedia de muchos hombres y mujeres del Antiguo Testamento. Experimentaron manifestaciones extraordinarias del poder de Dios, pero sus hijos intentaron vivir alimentándose únicamente del recuerdo de aquellas experiencias. La memoria, siendo valiosa, jamás puede reemplazar la relación. Ninguna generación hereda automáticamente la comunión de la anterior. Cada corazón necesita volver personalmente a la Fuente.

El Nuevo Pacto introduce aquí una realidad completamente nueva. Dios ya no promete únicamente acompañar ocasionalmente a Su pueblo mediante intervenciones extraordinarias. Promete establecer Su

morada en quienes creen. “¿*No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?*” (1 Corintios 3:16). Estas palabras modifican radicalmente la comprensión de toda la vida espiritual. El creyente deja de depender de visitas ocasionales de la presencia divina para convertirse en la morada permanente del Espíritu Santo.

Comprender esta verdad cambia también nuestra manera de enfrentar el servicio cristiano. Con demasiada frecuencia imaginamos que el ministerio consiste en administrar correctamente los recursos espirituales que hemos acumulado durante años. Pensamos que predicamos gracias a lo mucho que hemos estudiado, que aconsejamos gracias a la experiencia adquirida o que dirigimos la obra de Dios apoyados principalmente en nuestras capacidades.

Sin despreciar el valor del estudio ni de la experiencia, el Evangelio nos recuerda que ninguna de estas cosas constituye la verdadera fuente del ministerio. La obra de Dios jamás puede sostenerse únicamente con reservas humanas. Necesita la vida del Espíritu fluyendo continuamente hacia quienes sirven.

No deja de ser significativo que el apóstol Pablo, después de décadas de ministerio, continuara confesando su absoluta dependencia del Señor. “*Nuestra competencia proviene de Dios*” (2 Corintios 3:5), escribe a los corintios. No habla como un hombre inseguro ni como alguien que desconoce los dones recibidos. Habla como quien ha comprendido que todo fruto auténtico nace de una vida que

permanece unida a Cristo. La experiencia no sustituyó la dependencia. La profundizó.

Este principio explica también por qué Jesús utilizó la imagen de la vid y los pámpanos para describir la vida del Reino. Una rama jamás recibe toda la savia al comienzo de su existencia para luego administrarla según sus necesidades. Vive porque la savia continúa fluyendo constantemente desde el tronco.

La relación nunca pertenece al pasado. Siempre ocurre en tiempo presente. Del mismo modo, el creyente no vive hoy gracias únicamente a la gracia que recibió hace veinte años. Vive porque la gracia continúa alcanzándolo cada día. La vida cristiana nunca fue una reserva cuidadosamente conservada; siempre ha sido una participación permanente en la vida del Hijo.

Quizá ésta sea una de las razones por las cuales tantas personas experimentan cansancio espiritual después de años de servicio. Sin advertirlo, comenzaron a vivir de antiguas reservas. Siguen recordando tiempos de profunda comunión, mensajes que marcaron su vida o experiencias extraordinarias con el Señor. Todo eso permanece en la memoria como un tesoro invaluable, pero el alma necesita mucho más que recuerdos. Ningún viajero calma su sed recordando el agua que bebió hace una semana. Necesita volver a la Fuente.

El profeta Isaías expresa esta realidad mediante una invitación llena de ternura: ***“A todos los sedientos: Venid a las aguas” (Isaías 55:1)***. Observemos que no dice: “recordad las aguas”. Tampoco afirma: “conservad cuidadosamente el agua que recibisteis”. La invitación siempre está formulada en presente. Venid. Acercaos. Bebed. Dios continúa llamando a Su pueblo a una comunión actual, viva y renovada.

Cuando el creyente comprende esto, también cambia su manera de mirar el futuro. La confianza deja de apoyarse en aquello que ha logrado reunir y comienza a descansar en el carácter inmutable de Dios. La seguridad ya no nace del tamaño del depósito, sino de la certeza de que la Fuente jamás dejará de brotar.

Ésta es la paz que sostuvo a los hombres de fe a lo largo de toda la historia bíblica. Abraham caminó sin saber adónde iba porque conocía a Aquel que lo guiaba. Moisés enfrentó al faraón porque había aprendido que la suficiencia nunca proviene del hombre llamado, sino del Dios que llama. Pablo atravesó cárceles, naufragios y persecuciones porque sabía que la vida de Cristo no depende de las circunstancias favorables para continuar fluyendo.

Todo esto nos conduce finalmente a comprender una verdad que se encuentra en el corazón mismo del Reino. Dios nunca quiso que Su pueblo se especializara en conservar agua. Quiso convertirlo en un pueblo por medio del cual el agua pudiera seguir fluyendo.

Desde el comienzo de la creación, el propósito divino jamás fue la acumulación, sino la vida. Los ríos no fueron creados para retener el agua, sino para llevarla allí donde la tierra la necesita. Del mismo modo, la Iglesia jamás fue llamada a convertirse en un inmenso depósito de bendiciones cuidadosamente almacenadas. Fue llamada a participar de un movimiento permanente de vida que nace en Dios y alcanza al mundo a través de quienes permanecen unidos a Cristo.

Ésta será precisamente la siguiente etapa de nuestro recorrido. Hasta aquí hemos contemplado la diferencia entre las cisternas y la Fuente. Hemos descubierto que la vida cristiana no consiste en administrar depósitos espirituales, sino en permanecer unidos al manantial que nunca deja de producir vida. Sin embargo, la pregunta que naturalmente surge ahora es inevitable: ¿cómo puede un creyente vivir diariamente desde esa Fuente sin volver a caer en la lógica de las cisternas?

La respuesta nos conducirá al corazón práctico del Evangelio. Porque la comunión con Cristo no es una experiencia reservada para unos pocos creyentes especialmente maduros. Es la invitación cotidiana que el Señor dirige a cada uno de Sus hijos. Permanecer en Él no constituye un ideal inalcanzable; es la forma de vida para la cual fuimos creados desde el principio.

## PARTE IV

# **APRENDER A VIVIR DESDE LA FUENTE**

## Capítulo once

### **PERMANECER EN CRISTO**

Hay palabras del Señor Jesucristo cuya sencillez es tan grande que, precisamente por ello, corremos el riesgo de pasar por alto la profundidad que contienen. Una de ellas aparece en el capítulo quince del Evangelio de Juan.

Mientras se aproxima el momento de la cruz y las últimas horas junto a Sus discípulos adquieren un valor especial, Jesús no les entrega un método para transformar el mundo, ni les presenta una estrategia para hacer crecer la Iglesia, ni les explica cómo enfrentar cada desafío que vendrá después de Su partida. En lugar de todo eso, pronuncia una invitación tan sencilla como decisiva: ***“Permaneced en mí, y yo en vosotros”*** (Juan 15:4).

Resulta significativo que el Señor no utilice un verbo relacionado con el esfuerzo extraordinario, sino con la permanencia. La preocupación de Cristo nunca fue formar discípulos capaces de realizar grandes hazañas por sus propias fuerzas. Su propósito consistía en formar hombres y mujeres que comprendieran que toda la vida del Reino depende de una relación ininterrumpida con Él.

Antes que conquistadores, quiso hacer de ellos permanecedores. Antes que especialistas en actividades religiosas, quiso convertirlos en personas cuya existencia encontrara su centro en la comunión diaria con el Padre.

Nuestra manera de pensar, sin embargo, suele orientarse en una dirección muy diferente. Con frecuencia asociamos el crecimiento espiritual con la acumulación de conocimientos, con la participación en determinadas actividades o con la realización de disciplinas que, aun siendo valiosas, pueden terminar ocupando el lugar de aquello que únicamente Cristo puede hacer. Poco a poco comenzamos a medir nuestra vida por lo que logramos realizar para Dios y dejamos de preguntarnos cuánto tiempo permanecemos sencillamente delante de Él.

Jesús sabía que esa tentación acompañaría a la Iglesia en todas las generaciones. Por eso escogió una imagen imposible de olvidar. ***“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos”***. La comparación posee una fuerza extraordinaria precisamente porque pertenece al mundo de la vida.

La rama no lucha desesperadamente por producir fruto. Tampoco dedica sus energías a fabricar la savia que necesita para mantenerse viva. Toda su responsabilidad consiste en permanecer unida al tronco del cual recibe continuamente aquello que no puede producir por sí misma. El fruto aparece como una consecuencia natural de esa unión.

Éste constituye uno de los principios más revolucionarios del Reino de Dios y, al mismo tiempo, uno de los más difíciles de aceptar para el corazón humano. Nos resulta mucho más cómodo pensar que el crecimiento espiritual depende principalmente de nuestro esfuerzo. Esa idea alimenta la ilusión de que conservamos cierto control sobre el proceso.

Si todo depende de nuestra capacidad, entonces también podemos atribuirnos parte del mérito cuando los resultados parecen acompañarnos. Permanecer en Cristo, en cambio, nos coloca en una posición completamente diferente. Nos recuerda cada día que la vida no nace en nosotros. La recibimos.

Quizá por eso Jesús añade inmediatamente una afirmación que desarma toda pretensión de autosuficiencia: ***“Porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5).*** No dice que podremos hacer poco. Tampoco afirma que tendremos mayores dificultades. La expresión es absoluta. Nada. Estas palabras no buscan humillar al creyente, sino liberarlo de una carga que nunca estuvo llamado a llevar. El Reino jamás fue edificado sobre la capacidad del hombre, sino sobre la suficiencia del Hijo de Dios.

Cuántas veces vivimos como si el Señor nos hubiera confiado la responsabilidad de producir aquello que solamente Él puede impartir. Nos esforzamos por fabricar paciencia, cuando la paciencia es fruto del Espíritu.

Intentamos construir paz mediante nuestras propias fuerzas, cuando la paz nace de la comunión con Cristo.

Procuramos mantener una alegría constante a partir de circunstancias favorables, olvidando que ***“el gozo del Señor”*** constituye nuestra fortaleza (**Nehemías 8:10**). Sin advertirlo, volvemos una y otra vez a la lógica de las cisternas, intentando almacenar por esfuerzo aquello que únicamente la Fuente puede producir.

El apóstol Pablo comprendió esta realidad de una manera profundamente transformadora. Después de años de ministerio, de incontables viajes, persecuciones y responsabilidades, no llegó a la conclusión de que ya podía caminar apoyado en su experiencia. Al contrario, escribió a los filipenses: ***“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”*** (**Filipenses 4:13**).

Con demasiada frecuencia hemos leído este versículo como una declaración de fortaleza personal, cuando en realidad constituye una confesión permanente de dependencia. Pablo no dice: “Todo lo puedo porque aprendí lo suficiente”. Tampoco afirma: “Todo lo puedo porque mi carácter ha alcanzado la madurez necesaria”. Su mirada permanece fija en la misma Fuente. ***“Todo lo puedo en Cristo”***.

Esta pequeña expresión cambia completamente la perspectiva. El creyente maduro no es aquel que ha aprendido a depender menos del Señor, sino precisamente el que ha

descubierto que necesita depender cada vez más profundamente de Él. La madurez espiritual no disminuye la dependencia; la perfecciona. Cuanto más conocemos el carácter de Dios, menos confianza depositamos en nosotros mismos y mayor seguridad encontramos en Su fidelidad.

Aquí conviene detenernos para considerar un aspecto que muchas veces genera confusión. Permanecer en Cristo no significa vivir encerrados en una especie de contemplación pasiva, ajenos a las responsabilidades cotidianas.

Jesús jamás llamó a Sus discípulos a abandonar el mundo, sino a vivir dentro de él desde una realidad diferente. Permanecer no equivale a inmovilidad. Significa conservar una comunión tan profunda con el Señor que toda nuestra actividad nazca de esa relación y regrese continuamente a ella.

Los Evangelios presentan al propio Jesús como el ejemplo perfecto de esta manera de vivir. Nadie trabajó con mayor intensidad que Él. Recorrió ciudades y aldeas, enseñó incansablemente, sanó enfermos, alimentó multitudes y dedicó largas horas a formar a Sus discípulos. Sin embargo, toda esa actividad nunca interrumpió Su comunión con el Padre.

Al contrario, era precisamente esa comunión la que daba sentido y dirección a cada una de Sus acciones. ***“No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer***

***al Padre” (Juan 5:19).*** Estas palabras revelan el secreto más profundo de Su ministerio terrenal. Jesús no actuaba movido por la presión de las circunstancias ni por las expectativas de las multitudes. Vivía continuamente atento a la voluntad del Padre.

Ésta es también la invitación que el Espíritu Santo dirige hoy a la Iglesia. Permanecer en Cristo significa aprender a vivir conscientes de Su presencia en medio de las tareas más sencillas de la vida. No se limita al momento de la oración ni a la reunión congregacional. Abarca el trabajo, la familia, las decisiones, los tiempos de descanso, las conversaciones y aun los pensamientos más íntimos. Poco a poco descubrimos que la comunión con el Señor deja de ser un momento del día para convertirse en la atmósfera donde toda nuestra vida comienza a desarrollarse.

Cuando esta verdad comienza a arraigarse en el corazón, también cambia nuestra manera de comprender las disciplinas espirituales. La oración ya no aparece como una obligación destinada a mantener vivo el vínculo con Dios, como si Él se alejara cada vez que dejamos de orar. La oración se transforma en el gozo de quien conversa con Aquel que nunca ha dejado de estar presente.

La lectura de las Escrituras deja de consistir en la búsqueda apresurada de información para convertirse en un encuentro con la voz del Buen Pastor. La adoración ya no procura convencer a Dios de acercarse; expresa la alegría de

quienes han descubierto que el Padre ya hizo de ellos Su morada mediante el Espíritu Santo.

Por eso resulta tan importante comprender que permanecer en Cristo no es una carga añadida a la vida cristiana. Es la esencia misma de la vida cristiana. Todo lo demás brota de allí. El fruto, el servicio, la santidad, el amor, la perseverancia y aun la capacidad de atravesar el sufrimiento encuentran su origen en esa unión permanente con el Señor.

Cuando la Iglesia olvida este principio, inevitablemente comienza a reemplazar la vida por la actividad. Puede conservar programas, estructuras y hasta un lenguaje profundamente espiritual, pero lentamente pierde el frescor del manantial.

El Señor nunca llamó a Sus hijos a vivir de esa manera. Él sigue invitándonos a una relación donde cada día se convierte en una nueva oportunidad para beber de la Fuente. No porque la vida recibida ayer haya dejado de ser verdadera, sino porque el amor nunca se alimenta únicamente de recuerdos. Del mismo modo que un matrimonio necesita renovar diariamente la comunión para conservar viva su relación, el creyente encuentra cada jornada un nuevo motivo para permanecer en Aquel que lo amó primero.

Tal vez aquí descubramos una de las diferencias más hermosas entre el Evangelio del Reino y cualquier sistema religioso. La religión suele preguntar constantemente: “¿Qué

debes hacer hoy para Dios?”. Cristo comienza con una pregunta mucho más profunda: “¿Permanecerás hoy conmigo?”. La primera conduce fácilmente al activismo; la segunda abre la puerta para que toda la actividad nazca de la vida.

Y cuando la vida ocupa nuevamente el primer lugar, el corazón comienza a experimentar un orden completamente diferente. Las prioridades dejan de organizarse alrededor de las urgencias y empiezan a alinearse con el propósito eterno de Dios. Entonces comprendemos que permanecer en Cristo siempre nos conduce hacia un nuevo orden interior, donde el Reino vuelve a ocupar el lugar que nunca debió perder.

## Capítulo doce

# **CUANDO DIOS VUELVE A OCUPAR EL PRIMER LUGAR**

Uno de los aspectos más sorprendentes de la obra de Dios consiste en que rara vez comienza transformando las circunstancias exteriores del hombre. Nosotros solemos esperar que el Señor intervenga resolviendo primero nuestros problemas, modificando aquello que nos preocupa o abriendo los caminos que parecen cerrados. Sin embargo, el Reino sigue un recorrido muy diferente.

Antes de cambiar el escenario donde vivimos, Dios comienza restaurando el orden del corazón. Porque el verdadero problema del ser humano nunca ha sido únicamente aquello que posee o aquello que le falta. El problema siempre ha estado relacionado con el lugar que cada cosa ocupa dentro de su vida.

Toda la historia bíblica puede contemplarse desde esta perspectiva. Cuando el pecado entró en el mundo, no solamente produjo corrupción moral. Antes que eso, alteró profundamente el orden establecido por Dios desde la creación. El hombre dejó de vivir orientado hacia su Creador para comenzar a girar alrededor de sí mismo.

A partir de aquel momento, todo empezó lentamente a ocupar un lugar diferente del que había recibido en el propósito eterno de Dios. Los dones se convirtieron en motivos de orgullo, el trabajo dejó de ser únicamente una expresión de mayordomía para transformarse muchas veces en una fuente de identidad, las bendiciones comenzaron a competir con el Dador y aun las cosas buenas adquirieron un peso que jamás debieron tener.

Quizá por esa razón el Señor nunca presentó el Evangelio como un simple conjunto de respuestas para los problemas humanos. Lo anunció como la llegada de un Reino. Y allí donde un reino se establece, inevitablemente aparece un nuevo orden. El Reino de Dios no consiste solamente en la presencia de un Rey; consiste también en la restauración del lugar que corresponde a cada realidad bajo el gobierno de ese Rey.

Cuando Jesús pronunció las palabras registradas en **Mateo 6:33**, estaba hablando precisamente de esta restauración del orden. ***“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”***. Durante años este pasaje ha sido interpretado casi exclusivamente como una promesa de provisión material. Sin embargo, el alcance de las palabras del Señor es mucho mayor.

Jesús no está enseñando simplemente una fórmula para recibir bendiciones. Está revelando el principio mediante el cual toda la existencia recupera su equilibrio.

Resulta significativo que el Maestro utilice la expresión “primeramente”. No se trata únicamente de una cuestión cronológica, como si bastara dedicar a Dios los primeros minutos del día para luego organizar el resto de la jornada según nuestros propios criterios. El Señor está hablando de prioridad, de centralidad, de gobierno. El Reino debe ocupar el primer lugar porque solamente desde ese lugar todas las demás áreas encuentran su verdadera ubicación.

Con frecuencia pensamos que el pecado consiste únicamente en colocar cosas malas dentro de nuestra vida. Sin embargo, muchas de nuestras mayores dificultades nacen cuando permitimos que cosas legítimas ocupen un lugar que únicamente pertenece a Dios.

El trabajo es un regalo del Señor, pero deja de cumplir su propósito cuando absorbe completamente el corazón. La familia constituye una de las bendiciones más preciosas que el Padre concede, pero también necesita permanecer bajo el gobierno del Reino. Los dones espirituales, el ministerio, el conocimiento bíblico, la prosperidad, los proyectos y aun los sueños más nobles pueden transformarse en cisternas cuando comienzan a desplazar silenciosamente a la Fuente.

Aquí encontramos una diferencia fundamental entre la perspectiva religiosa y la perspectiva del Reino. La religión suele concentrarse en clasificar las acciones como permitidas o prohibidas. El Reino, en cambio, mira mucho más profundamente. Pregunta quién ocupa el centro.

Porque cuando Dios vuelve a ocupar el lugar que le corresponde, aun las cosas buenas recuperan su verdadera función. Dejan de ser ídolos para convertirse nuevamente en dones.

Ésta fue precisamente la experiencia de Abraham. Dios le había prometido un hijo y, después de largos años de espera, Isaac finalmente nació. Aquella promesa representaba mucho más que la alegría de una paternidad tardía. En Isaac descansaba el cumplimiento del pacto, la continuidad de la descendencia y la esperanza de todo cuanto Dios había anunciado. Sin embargo, llegó el día en que el Señor pidió a Abraham que ofreciera precisamente aquello que Él mismo le había dado (**Génesis 22**).

Durante mucho tiempo esta escena ha sido contemplada únicamente como una prueba de obediencia. Sin duda lo fue. Pero también reveló algo todavía más profundo. Dios estaba mostrando que ninguna promesa, por gloriosa que fuese, podía ocupar el lugar reservado para el Dios de la promesa. Isaac era una bendición. Nunca debía convertirse en el centro.

La vida espiritual madura comienza a descubrir esta diferencia. El creyente agradece profundamente todo cuanto recibe del Señor, pero aprende también a sostener cada bendición con manos abiertas. Comprende que el mayor tesoro nunca consiste en los regalos del Padre, sino en el Padre mismo. Mientras esa verdad permanezca viva, las

bendiciones conservarán su belleza sin transformarse en cadenas.

El apóstol Pablo expresa esta misma realidad desde otra perspectiva cuando escribe a los colosenses: ***“Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten”*** (Colosenses 1:17). La afirmación posee una profundidad extraordinaria. Cristo no ocupa simplemente un lugar destacado dentro de la creación. Él es anterior a todo y constituye el fundamento sobre el cual todo encuentra consistencia. Allí donde Cristo deja de ocupar ese lugar, toda la existencia comienza lentamente a perder su equilibrio.

Quizá ésta sea una de las razones por las cuales tantas personas viven agotadas aun habiendo alcanzado muchas de las metas que durante años persiguieron. Obtuvieron aquello que deseaban, pero continúan experimentando una sensación de desorden interior difícil de explicar. No se trata necesariamente de que esas metas fueran incorrectas. Muchas veces el problema consiste en que fueron colocadas en el centro de la vida. Y ninguna realidad creada puede sostener el peso que únicamente corresponde al Creador.

Cuando el Señor vuelve a ocupar el primer lugar, ocurre algo verdaderamente maravilloso. Las preocupaciones no desaparecen mágicamente, pero dejan de gobernar el corazón. El trabajo continúa siendo importante, pero ya no define nuestra identidad. Los proyectos siguen existiendo, pero dejan de producir ansiedad permanente. La familia permanece siendo un regalo precioso, aunque ya no

carga con la responsabilidad de proporcionar el sentido último de nuestra existencia. Todo comienza lentamente a ordenarse porque el centro ha sido restaurado.

Éste es precisamente el significado más profundo de la paz bíblica. La palabra hebrea “shalom” no describe solamente la ausencia de conflictos. Habla de integridad, de plenitud, de una realidad donde cada cosa ocupa el lugar para el cual fue creada. Cuando el Reino gobierna el corazón, el hombre comienza a experimentar esa armonía interior que ninguna circunstancia favorable puede producir y que ninguna circunstancia adversa puede destruir completamente.

No debemos pensar que esta restauración ocurre de una vez y para siempre. Del mismo modo que una brújula necesita ser consultada constantemente durante el viaje, el corazón del creyente requiere volver una y otra vez a Cristo para permitir que Él siga ocupando el lugar central.

Las preocupaciones cotidianas, las responsabilidades y aun las bendiciones pueden intentar desplazar silenciosamente ese orden. Por eso la vida cristiana no consiste solamente en haber puesto alguna vez al Señor en el primer lugar. Consiste en permitir que cada nuevo día vuelva a comenzar desde ese mismo punto.

Los Evangelios muestran que ésta fue la manera de vivir del propio Señor Jesús. Todo cuanto hacía nacía de una relación de absoluta dependencia con el Padre. Nunca

permitió que la presión de las multitudes definiera Sus prioridades.

En una ocasión, después de haber sanado a muchos enfermos, los discípulos lo buscaron insistentemente porque toda la ciudad quería encontrarlo. Humanamente hablando, parecía el momento ideal para consolidar aquel extraordinario ministerio. Sin embargo, Jesús respondió: ***“Vamos a los lugares vecinos, para que predique también allí; porque para esto he venido”*** (Marcos 1:38). Las expectativas de la gente no determinaron Su camino. Su vida permanecía gobernada por el propósito del Padre.

Ésa es la libertad que el Reino produce. Cuando Dios ocupa nuevamente el centro, el creyente deja de vivir reaccionando continuamente a las presiones del entorno. Aprende a discernir la voluntad del Señor y organiza toda su existencia alrededor de ella. Poco a poco descubre que la obediencia no limita la vida; la libera. Porque solamente el Creador conoce plenamente el orden para el cual fuimos diseñados.

Quizá el mayor milagro que experimenta un corazón que vuelve a la Fuente no sea la desaparición inmediata de todos sus problemas, sino la restauración de ese orden interior que el pecado había desfigurado durante tantos años. Allí donde antes reinaba la ansiedad comienza a crecer la confianza. Allí donde el temor dirigía las decisiones aparece la seguridad de saberse sostenido por el Padre. Allí donde las

prioridades competían unas con otras surge una nueva claridad acerca de lo verdaderamente importante.

Entonces el creyente comprende que buscar primeramente el Reino nunca fue un sacrificio impuesto por Dios. Fue la invitación amorosa de un Padre que conoce el único lugar donde el corazón humano puede vivir verdaderamente en paz. Porque cuando la Fuente vuelve a ocupar el centro, todo lo demás encuentra finalmente el sitio que siempre debió tener.

Sin embargo, ese nuevo orden necesita ser alimentado diariamente. Nadie permanece unido a la Fuente únicamente por haber descubierto una gran verdad. El amor requiere encuentros, la comunión necesita ser cultivada y la vida del Espíritu se fortalece en una relación que se renueva continuamente.

Por eso, después de haber comprendido dónde debe estar nuestro corazón, resulta necesario aprender cómo volver cada día a la Fuente para beber de ella. Ése será el camino que recorreremos en el próximo capítulo, donde descubriremos que las disciplinas espirituales nunca fueron cisternas religiosas destinadas a ganar el favor de Dios, sino los senderos sencillos por los cuales el Padre sigue conduciendo a Sus hijos hacia el gozo de Su presencia.

## Capítulo trece

### **BEBER CADA DÍA**

Pocas expresiones describen con tanta sencillez la vida cristiana como aquella invitación pronunciada por el Señor durante la fiesta de los tabernáculos: ***“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”*** (Juan 7:37). No deja de resultar significativo que Jesús utilizara un verbo en tiempo presente. No dijo: “el que alguna vez haya bebido”. Tampoco afirmó: “el que recuerde haber bebido”. La invitación permanece abierta y actual. Venga. Beba. La vida del Reino siempre acontece en presente, porque la comunión con Cristo nunca fue concebida como un acontecimiento aislado, sino como una relación que se renueva continuamente.

Quizá ésta sea una de las diferencias más profundas entre la experiencia espiritual y la vida espiritual. Las experiencias, por extraordinarias que sean, pertenecen al pasado. La vida, en cambio, siempre se desarrolla en el presente. Podemos recordar con gratitud el día en que conocimos al Señor, la ocasión en que fuimos profundamente ministrados por Su Espíritu o aquellos momentos en los que Su presencia marcó para siempre nuestro corazón.

Todas esas memorias constituyen un patrimonio precioso de la gracia. Sin embargo, Dios nunca pretendió que viviéramos alimentándonos únicamente del recuerdo de lo que hizo ayer. El mismo Señor que obró en otro tiempo continúa llamándonos hoy a beber nuevamente de Él.

Esta verdad aparece repetidas veces a lo largo de toda la Escritura. Elías recibió alimento para continuar su camino, pero también necesitó volver una y otra vez a escuchar la voz del Señor. Los discípulos caminaron junto a Jesús durante más de tres años y, aun así, cada jornada representaba una nueva oportunidad para conocer más profundamente el corazón de su Maestro. La comunión nunca quedó reducida a un acontecimiento extraordinario. Se convirtió en una forma de vivir.

Éste constituye un principio que la Iglesia necesita redescubrir continuamente. Con demasiada facilidad transformamos la vida cristiana en una colección de experiencias memorables, como si el objetivo consistiera en acumular recuerdos espirituales capaces de sostenernos durante el resto de la existencia. Sin embargo, el Evangelio jamás propone una espiritualidad basada en reservas. Desde el comienzo de este libro hemos contemplado que ésa es precisamente la lógica de las cisternas. La Fuente, en cambio, invita a regresar una y otra vez porque nunca deja de brotar.

Llegados a este punto, resulta natural formular una pregunta. Si la vida cristiana consiste en permanecer continuamente junto a la Fuente, ¿cómo se expresa esa

permanencia en la práctica cotidiana? La respuesta no debe buscarse en fórmulas complejas ni en disciplinas concebidas como cargas religiosas. El propio Señor nos dejó un camino mucho más sencillo y profundamente humano. La permanencia se cultiva mediante aquellos espacios donde el corazón aprende nuevamente a abrirse delante de Dios.

La oración ocupa, sin duda, un lugar privilegiado dentro de ese camino. No porque Dios necesite ser informado acerca de nuestras necesidades, pues el mismo Jesús enseñó que ***“vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis”*** (Mateo 6:8). Tampoco porque la oración constituya un mecanismo mediante el cual logramos convencer al cielo de hacer aquello que inicialmente no deseaba realizar. La oración existe porque el Padre anhela la comunión con Sus hijos. Antes de ser un lugar donde presentamos peticiones, es el espacio donde el corazón vuelve a encontrarse con Aquel que lo ama desde antes de la fundación del mundo.

Quizá una de las deformaciones más frecuentes de la vida espiritual consiste en reducir la oración a un listado de necesidades. Sin advertirlo, terminamos acercándonos a Dios únicamente cuando sentimos que necesitamos algo de Él. Poco a poco la conversación se transforma en un monólogo donde el hombre habla casi exclusivamente de sus preocupaciones, mientras el Señor espera pacientemente el momento en que sus hijos simplemente deseen estar con Él.

Los Evangelios muestran otra realidad completamente diferente. Jesús buscaba constantemente la presencia del Padre aun cuando ninguna necesidad urgente parecía exigirlo. Se retiraba para orar después de jornadas intensas de ministerio, antes de tomar decisiones importantes y también cuando todo parecía marchar bien. Aquellos momentos no respondían únicamente a una necesidad funcional. Expresaban el gozo de una relación. El Hijo disfrutaba del Padre, y el Padre se complacía en el Hijo.

Algo semejante ocurre con la lectura de las Escrituras. A lo largo de la historia de la Iglesia, Dios ha utilizado Su Palabra para alimentar, corregir, consolar y fortalecer a Su pueblo. Sin embargo, también aquí existe el riesgo de convertir un regalo maravilloso en una nueva cisterna. Esto sucede cuando la Biblia deja de ser el lugar donde escuchamos la voz del Buen Pastor para transformarse únicamente en un depósito de información religiosa.

La Escritura nunca fue entregada para reemplazar a Cristo, sino para conducirnos hacia Él. Cada página encuentra su verdadero sentido cuando nos ayuda a contemplar con mayor claridad la belleza del Hijo de Dios. El estudio bíblico resulta indispensable, pero alcanza su plenitud solamente cuando desemboca en adoración, en obediencia y en una comunión más profunda con el Señor.

También la adoración merece ser comprendida desde esta perspectiva. Con demasiada frecuencia ha sido reducida a un momento específico dentro de una reunión

congregacional o a un determinado estilo musical. Sin embargo, la adoración constituye una actitud mucho más amplia. Nace cuando el corazón reconoce nuevamente quién es Dios y responde espontáneamente a la contemplación de Su gloria. Por eso puede expresarse mediante un canto, pero también mediante el silencio, la obediencia, la gratitud o una vida enteramente rendida delante del Señor.

Cuando Isaías contempló la santidad de Dios en el templo, no comenzó formulando peticiones. Su primera reacción fue la adoración reverente. Cuando Juan vio al Cristo glorificado en la isla de Patmos, cayó como muerto a Sus pies. La verdadera adoración siempre desplaza al hombre del centro y devuelve toda la gloria al único que es digno de recibirla. Allí el ego pierde fuerza, las cisternas dejan de parecer atractivas y el corazón vuelve a descubrir que ninguna realidad creada puede compararse con la hermosura del Señor.

Existe todavía otra dimensión de la permanencia que muchas veces pasa inadvertida: la comunión con el cuerpo de Cristo. Desde el principio, Dios nunca imaginó una vida espiritual desarrollada en aislamiento. El Nuevo Testamento presenta a la Iglesia como una familia, un edificio, un rebaño y, sobre todo, como un cuerpo. Ninguna de estas imágenes puede entenderse desde el individualismo. La vida que recibimos de Cristo también encuentra expresión en la relación con nuestros hermanos.

El escritor de la carta a los hebreos exhorta: ***“Considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos”*** (Hebreos 10:24 y 25). No se trata simplemente de asistir a reuniones. Se trata de participar de una comunidad donde la gracia que Dios derrama sobre unos fortalece también a los demás. El creyente aislado termina escuchando únicamente su propia voz. Quien permanece unido al cuerpo continúa siendo enriquecido por los múltiples dones que el Espíritu reparte entre los hijos de Dios.

A todo esto, debemos añadir una realidad que atraviesa silenciosamente cada una de estas prácticas: la sensibilidad al Espíritu Santo. La vida cristiana nunca fue diseñada para desarrollarse mediante una disciplina fría y mecánica.

El mismo Espíritu que inspiró las Escrituras, que habita en el creyente y que derrama el amor de Dios en nuestros corazones es quien conduce toda verdadera comunión. Él transforma la oración en diálogo, la lectura bíblica en revelación, la adoración en encuentro y la vida comunitaria en participación del amor de Cristo.

Quizá aquí convenga detenernos para recordar algo que fácilmente podemos olvidar. Ninguna de estas prácticas posee valor en sí misma si pierde de vista a la Fuente. Una persona puede orar diariamente y, sin embargo, permanecer lejos del corazón del Padre. Puede leer las Escrituras con admirable disciplina y no permitir que ellas transformen su vida.

Puede participar de todas las reuniones de la Iglesia sin experimentar verdadera comunión con Cristo. En ese momento, aquello que nació para conducirnos hacia la Fuente corre el riesgo de transformarse nuevamente en una cisterna.

Ésta fue precisamente la tragedia de los fariseos. Eran hombres profundamente disciplinados, pero habían perdido la sencillez de la relación. Su obediencia estaba llena de normas, aunque su corazón permanecía distante de Dios. Jesús no cuestionó sus disciplinas; cuestionó aquello en lo que se habían convertido. La forma había desplazado a la vida. El medio había ocupado el lugar del fin.

Por eso resulta tan importante conservar siempre la perspectiva correcta. No oramos para merecer el amor del Padre. Oramos porque ya hemos sido recibidos como hijos. No leemos la Biblia para ganar aceptación delante de Dios. La leemos porque deseamos conocer más profundamente a Aquel que ya nos aceptó en Cristo. No adoramos para atraer la presencia del Señor. Adoramos porque Su presencia ha venido a habitar entre nosotros por medio del Espíritu Santo.

Cuando esta verdad se arraiga en el corazón, las disciplinas espirituales dejan de ser obligaciones y recuperan la belleza con la que fueron concebidas desde el principio. Se convierten en los senderos cotidianos por los cuales el sediento vuelve una y otra vez a beber de la Fuente. Ya no representan un peso, sino un privilegio. Ya no alimentan la

autosuficiencia religiosa, sino la dependencia amorosa de Cristo.

Y es precisamente esa dependencia la que prepara a la Iglesia para cumplir el propósito con el cual fue enviada al mundo. Porque quien ha aprendido a beber diariamente de la Fuente ya no necesita vivir acumulando agua para sí mismo. Poco a poco descubre que la vida recibida comienza naturalmente a desbordar hacia los demás.

Allí termina el camino del sediento y comienza el camino del río. Allí la comunión deja de ser únicamente una bendición personal para transformarse en una corriente de vida destinada a alcanzar a quienes todavía caminan por el desierto buscando, sin saberlo, la Fuente que nunca dejó de buscarlos.

## PARTE V

# **UNA IGLESIA QUE DEJA DE ACARREAR AGUA**

## Capítulo catorce

### **DE CONSUMIDORES A CANALES**

Hasta aquí el recorrido nos ha llevado desde el dolor de una Fuente abandonada hasta el gozo de una Fuente redescubierta. Hemos visto cómo el corazón humano fabrica continuamente cisternas incapaces de retener el agua que promete, y también hemos contemplado la gracia del Señor, quien no se limitó a señalar nuestra sed, sino que vino personalmente a ofrecer el agua de vida.

Sin embargo, el propósito de Dios nunca termina en la experiencia individual del creyente. La Fuente jamás fue dada únicamente para satisfacer la sed de quien bebe. Desde el principio, el plan del Padre siempre incluyó un pueblo por medio del cual Su vida pudiera alcanzar a otros.

Por esa razón, la última parte de este libro ya no dirigirá principalmente la mirada hacia el creyente, sino hacia la Iglesia. Porque una comunidad que ha aprendido a vivir de la Fuente inevitablemente comienza a convertirse en un instrumento mediante el cual esa misma vida se derrama sobre el mundo.

El Evangelio del Reino nunca llamó a la Iglesia a convertirse en un inmenso depósito de bendiciones. La llamó a ser un río. Hay una diferencia profunda entre beber para sobrevivir y beber para desbordar. Durante buena parte de nuestra vida espiritual solemos acercarnos al Señor movidos por nuestras propias necesidades.

Llegamos con nuestras cargas, con nuestras preguntas, con nuestros temores y con esa sed interior que únicamente Cristo puede apagar. No hay nada incorrecto en ello. De hecho, así comienza el camino de casi todos los hijos de Dios. El problema aparece cuando, después de haber encontrado la Fuente, seguimos viviendo como si toda la vida cristiana consistiera únicamente en recibir.

El Reino de Dios nunca fue concebido para producir consumidores de bendiciones. Desde el comienzo, el propósito del Señor consistió en formar hombres y mujeres cuya vida llegara a convertirse en un instrumento por medio del cual Su gracia alcanzara a otros. La bendición siempre tuvo un destino mayor que el bienestar personal. Dios nunca derrama Su vida únicamente para que permanezca encerrada en nosotros. La comunica para que continúe su recorrido.

Esta verdad aparece con claridad desde el llamado de Abraham. Cuando el Señor lo sacó de su tierra y de su parentela, no le prometió solamente prosperidad o protección. Le dijo: ***“Te bendeciré... y serás bendición”*** (**Génesis 12:2**). Observemos cuidadosamente el orden. Primero Dios bendice. Después convierte al bendecido en un

instrumento de bendición. La gracia nunca termina en quien la recibe. Siempre continúa avanzando hacia otros.

Toda la historia de Israel debía reflejar este mismo principio. El pueblo no fue escogido para disfrutar en soledad del privilegio de conocer al Dios verdadero. Fue llamado para manifestar Su gloria entre las naciones. El templo mismo debía ser *“casa de oración para todos los pueblos”* (Isaías 56:7).

Sin embargo, con el paso del tiempo, aquella vocación fue estrechándose hasta quedar muchas veces reducida al bienestar del propio pueblo. La bendición comenzó a contemplarse como un patrimonio que debía conservarse, más que como una vida destinada a compartirse. Ése es un peligro que también acompaña a la Iglesia de todos los tiempos.

Sin advertirlo, podemos transformar la vida cristiana en una búsqueda permanente de experiencias que alimenten únicamente nuestra propia necesidad espiritual. Asistimos a reuniones para recibir, leemos las Escrituras para fortalecernos, oramos buscando consuelo y participamos de la comunión esperando ser edificados. Todo esto forma parte del crecimiento normal del creyente. Pero si la vida termina allí, todavía no hemos comprendido plenamente el propósito del Reino.

Jesús introduce una perspectiva completamente diferente cuando, durante la fiesta de los tabernáculos,

levanta Su voz y declara: ***“El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” (Juan 7:38).*** No deja de ser extraordinaria la imagen escogida por el Señor.

No habla de un recipiente, no habla de una reserva, ni siquiera habla de un lago, sino que habla de un río. Y un río posee una característica que lo distingue de cualquier depósito: jamás fue creado para permanecer inmóvil. Su naturaleza consiste en avanzar, en llevar vida allí donde la tierra permanece seca, en atravesar regiones áridas para transformarlas con el agua que continuamente recibe de su nacimiento.

Jesús podría haber dicho que el creyente conservaría dentro de sí una provisión suficiente para toda la vida. Sin embargo, utilizó deliberadamente la figura del río porque deseaba mostrar que la obra del Espíritu Santo nunca se limita al beneficio individual. El agua viva no solamente sacia la sed del creyente; comienza a fluir a través de él. Esta verdad transforma profundamente la manera de comprender la Iglesia.

Durante mucho tiempo hemos hablado de crecimiento espiritual como si se tratara únicamente de acumular conocimiento, experiencias o bendiciones. Sin embargo, el crecimiento según el Reino posee otra evidencia mucho más profunda. Una persona está madurando espiritualmente cuando aquello que recibe del Señor comienza espontáneamente a bendecir a quienes la rodean.

No se trata simplemente de realizar más actividades, tampoco de ocupar un ministerio visible. Mucho menos de alcanzar reconocimiento dentro de la comunidad. Se trata de permitir que la vida de Cristo encuentre libre paso hacia los demás.

Ésta fue la manera de vivir del propio Señor. Los Evangelios muestran continuamente a Jesús derramando aquello que recibía del Padre. Su compasión alcanzaba a los enfermos, Su palabra fortalecía a los desanimados, Su misericordia restauraba a los pecadores y Su presencia devolvía esperanza a quienes la habían perdido. Nunca encontramos al Maestro reteniendo para Sí aquello que el Padre le había dado. Toda Su existencia fue una entrega constante.

No es casual que, hablando de Él, el evangelista Juan escriba: ***“Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Juan 1:16)***. Cristo nunca vivió desde la escasez. Vivió desde la plenitud del Padre. Y precisamente porque recibía continuamente de esa plenitud, podía derramarla sin temor a quedarse vacío.

Aquí encontramos una diferencia fundamental entre la lógica de las cisternas y la lógica del Reino. La cisterna siempre teme perder lo que posee, por eso acumula, protege, calcula, conserva. El río, en cambio, nunca vive preocupado por aquello que deja atrás. Puede seguir fluyendo porque su confianza no descansa en el agua que retiene, sino en la

Fuente que continuamente lo alimenta. Ésta es una lección que la Iglesia necesita redescubrir.

Cuando dejamos de confiar en la suficiencia de Cristo comenzamos inevitablemente a vivir desde el temor. Tememos perder personas, recursos, influencia, reconocimiento o seguridad. Y ese temor termina moldeando nuestras decisiones. Poco a poco la comunidad cristiana corre el riesgo de convertirse en una institución preocupada principalmente por preservarse a sí misma, mientras que el Reino propone exactamente lo contrario.

Cuanto más profundamente conocemos la fidelidad de Dios, más libres somos para dar. Damos tiempo, damos perdón, damos servicio, damos recursos, damos amor. No porque seamos naturalmente generosos, sino porque hemos aprendido que la Fuente jamás deja de producir.

Pablo expresa este mismo principio cuando escribe a los corintios: ***“El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará”*** (2 Corintios 9:6). Con frecuencia estas palabras han sido reducidas al ámbito económico, pero su alcance es mucho mayor. El apóstol está describiendo el ritmo mismo del Reino. Dios jamás nos llamó a vivir reteniendo aquello que recibimos. Nos llamó a sembrarlo.

La Iglesia primitiva comprendió esta verdad de una manera admirable. El libro de los Hechos no presenta una

comunidad obsesionada por conservar privilegios. Presenta un pueblo lleno del Espíritu Santo cuyo mayor deseo era que la vida de Cristo alcanzara hasta los confines de la tierra. Compartían el pan, abrían sus hogares, cuidaban de los necesitados, anunciaban el Evangelio con valentía y vivían conscientes de que habían recibido gratuitamente aquello que ahora estaban llamados a entregar gratuitamente.

No era una estrategia de crecimiento, era la consecuencia natural de una vida que desbordaba. Quizá por eso el Señor comparó el Reino con una semilla y no con un almacén. La semilla parece pequeña, casi insignificante, pero lleva dentro de sí una capacidad de multiplicación que ningún depósito posee. Cuando cae en buena tierra produce fruto, y ese fruto contiene nuevas semillas que continuarán extendiendo la vida.

Así actúa también el Evangelio del Reino. La gracia recibida produce gracia compartida. El perdón experimentado genera perdón ofrecido. La misericordia alcanzada despierta misericordia hacia otros. La paz de Cristo comienza a irradiarse en medio de familias heridas, relaciones quebradas y comunidades necesitadas de reconciliación.

De esta manera la Iglesia deja de existir para sí misma y vuelve a descubrir su verdadera vocación. No fue llamada simplemente a reunir personas dentro de un edificio. Fue enviada para manifestar la vida del Reino allí donde el mundo continúa muriendo de sed.

Éste es el significado más profundo de las palabras de Jesús cuando dijo: ***“Vosotros sois la luz del mundo”*** (Mateo 5:14). La luz nunca existe para contemplarse a sí misma. Existe para iluminar. Del mismo modo, el agua viva no fue dada para permanecer encerrada dentro del creyente, sino para correr hacia aquellos lugares donde todavía reina la sequedad espiritual.

Cuanto más contemplamos esta verdad, más comprendemos que la misión de la Iglesia no comienza cuando organiza actividades evangelísticas. Comienza mucho antes, cuando aprende nuevamente a permanecer en la Fuente. Ningún río puede llevar agua si antes ha dejado de recibirla. Toda fecundidad exterior depende siempre de una comunión interior.

Éste ha sido, en realidad, el hilo conductor de todo nuestro recorrido. Primero contemplamos el drama de quienes abandonaron la Fuente. Después descubrimos la inutilidad de las cisternas. Más tarde encontramos a Cristo ofreciendo agua viva y aprendimos a permanecer en Él. Ahora comprendemos por qué todo ese proceso era necesario. Dios no estaba formando simplemente creyentes satisfechos. Estaba preparando un pueblo capaz de llevar Su vida al mundo.

Y precisamente allí aparece una pregunta que ya no podemos evitar. Si la Iglesia ha sido llamada a convertirse en un río, ¿hacia dónde debe correr ese río? ¿Quiénes esperan

hoy, quizá sin saberlo, el agua que únicamente el Evangelio puede ofrecer?

La respuesta nos obligará a volver la mirada hacia nuestra generación. Porque, mientras la Fuente continúa brotando con la misma abundancia de siempre, el mundo sigue caminando por un inmenso desierto donde millones de personas buscan desesperadamente apagar su sed en cisternas que jamás podrán retener el agua de la vida.

## Capítulo quince

### **EL MUNDO SIGUE TENIENDO SED**

A lo largo de estas páginas hemos hablado repetidamente de la sed. La hemos contemplado en el corazón de Israel cuando abandonó la Fuente de aguas vivas. La descubrimos detrás de las múltiples cisternas que el hombre continúa construyendo generación tras generación.

La vimos reflejada en la vida de aquella mujer samaritana que buscaba desesperadamente un lugar donde descansar su alma. También comprendimos que Cristo no vino simplemente a señalar esa sed, sino a convertirse Él mismo en el agua viva capaz de satisfacerla para siempre.

Sin embargo, antes de concluir nuestro recorrido, resulta necesario levantar nuevamente la mirada y contemplar el mundo que nos rodea. Porque la sed no ha desaparecido, sigue caminando por nuestras ciudades. Se sienta cada mañana en nuestras oficinas, entra con nosotros en las escuelas y universidades, comparte nuestra mesa, viaja en los mismos medios de transporte, llora detrás de muchas sonrisas. Y, en no pocas ocasiones, también permanece silenciosamente sentada dentro de nuestras congregaciones.

Vivimos en una época extraordinariamente desarrollada desde el punto de vista científico y tecnológico. Nunca antes la humanidad había dispuesto de tantos recursos para comunicarse, trasladarse, acceder al conocimiento o mejorar múltiples aspectos de la vida cotidiana.

Sin embargo, esa misma generación continúa formulándose las mismas preguntas que acompañan al hombre desde el comienzo de la historia. ¿Quién soy? ¿Para qué vivo? ¿Dónde encontraré descanso? ¿Existe una esperanza que no dependa de las circunstancias? ¿Hay algo capaz de llenar definitivamente el vacío que tantas veces intento ocultar?

Estas preguntas revelan una realidad que ningún avance humano ha conseguido modificar. El corazón continúa teniendo la misma necesidad con la que fue creado. Porque el hombre puede transformar profundamente el mundo que lo rodea, pero jamás podrá alterar aquello para lo cual Dios diseñó su espíritu. Seguimos siendo seres llamados a vivir desde la comunión con nuestro Creador. Mientras esa comunión permanezca ausente, la sed continuará manifestándose bajo formas siempre nuevas.

Cada época construye sus propias cisternas, nuestra generación no constituye una excepción. Algunas personas buscan en el éxito aquello que únicamente puede encontrarse en Cristo. Otras entregan toda su vida a la acumulación de bienes con la esperanza de alcanzar una seguridad que siempre parece escapar unos pasos más adelante. Muchos

procuran llenar el vacío mediante relaciones afectivas que terminan soportando un peso para el cual nunca fueron creadas. Otros buscan refugio en el entretenimiento permanente, en el consumo incesante de información o en la ilusión de que una nueva experiencia cambiará finalmente el rumbo de su existencia.

No debemos contemplar estas búsquedas con espíritu de superioridad. Sería un grave error, porque todos nosotros, en algún momento de nuestra vida, intentamos apagar la sed en las mismas cisternas. La única diferencia consiste en que la gracia salió a nuestro encuentro.

Cuando Jesús observaba a las multitudes, jamás las miraba con desprecio. El evangelista Mateo escribe que ***“tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor”*** (Mateo 9:36). Resulta profundamente revelador que el Señor no definiera a aquellas personas principalmente por sus pecados. Vio algo mucho más profundo. Vio su desorientación. Vio su cansancio. Vio una humanidad que buscaba vida sin saber dónde encontrarla. Ésa debe seguir siendo también la mirada de la Iglesia.

Cuando perdemos la compasión, dejamos de parecernos a Cristo. Cuando solamente denunciemos las cisternas sin comprender la sed que conduce a ellas, corremos el riesgo de defender la verdad mientras olvidamos el corazón del Evangelio. Porque el Evangelio nunca fue una

buena noticia para quienes ya estaban satisfechos, siempre fue una buena noticia para todos los sedientos.

Tal vez uno de los grandes desafíos de nuestro tiempo consista precisamente en aprender a discernir la sed escondida detrás de muchas conductas que, a primera vista, parecen incomprensibles. La ansiedad que consume a tantas personas no siempre nace únicamente de un ritmo acelerado de vida. Muchas veces expresa un corazón que ha perdido el lugar donde descansar.

La desesperación de tantos jóvenes no puede explicarse solamente por factores sociales o económicos. En numerosas ocasiones refleja la ausencia de un propósito capaz de dar sentido a la existencia. Incluso la violencia, el individualismo y la creciente incapacidad para establecer relaciones profundas suelen manifestar una necesidad mucho más antigua: la necesidad de volver a la Fuente.

Esto no significa ignorar la responsabilidad personal ni minimizar las consecuencias del pecado. La Escritura jamás hace tal cosa. Pero tampoco reduce la condición humana a una simple lista de conductas equivocadas. El Evangelio siempre desciende hasta la raíz del problema. Allí descubre que el hombre no solamente necesita ser corregido. Necesita recibir vida.

Ésta fue la razón por la cual Jesús nunca separó la verdad de la gracia. Confrontó el pecado, llamó al arrepentimiento, anunció el Reino. Pero lo hizo siempre

desde un amor que buscaba restaurar al pecador y no simplemente demostrar que estaba equivocado.

La mujer sorprendida en adulterio encontró en Él la verdad que desenmascara el pecado y la gracia que abre un camino completamente nuevo. Zaqueo descubrió que el Señor deseaba hospedarse precisamente en la casa de aquel hombre rechazado por todos. El ladrón en la cruz recibió una esperanza que ninguna religión habría imaginado ofrecer en sus últimos instantes de vida.

En cada uno de estos encuentros aparece el mismo principio. Cristo nunca negó la realidad del pecado, pero tampoco permitió que el pecado tuviera la última palabra. La última palabra siempre perteneció a la gracia. Quizá por eso la Iglesia necesita recordar constantemente cuál es su verdadera misión. No hemos sido enviados para demostrar que el mundo está equivocado.

El propio mundo termina descubriendo tarde o temprano que sus cisternas no consiguen retener el agua. Hemos sido enviados para señalar la Fuente. Nuestro llamado consiste en anunciar que existe una vida diferente, una esperanza que no decepciona y un Salvador que continúa invitando a todo sediento a acercarse gratuitamente.

Éste es el motivo por el cual el Evangelio del Reino nunca envejece. Cambian las culturas, cambian las ideologías, cambian los problemas sociales, cambian las tecnologías, pero el corazón humano continúa teniendo sed.

Y mientras exista un solo hombre intentando apagar esa sed lejos de Dios, el mensaje de Cristo seguirá conservando la misma actualidad que tenía cuando fue pronunciado junto al pozo de Samaria.

Tal vez algunos crean que la Iglesia atraviesa tiempos difíciles porque el mundo parece alejarse cada vez más de Dios. Sin embargo, también podríamos contemplar la realidad desde otra perspectiva. Nunca como ahora tantas personas han comenzado a descubrir que las promesas de las cisternas no consiguen cumplir aquello que ofrecían.

El éxito no elimina la soledad. El dinero no compra paz. El placer no produce plenitud. La fama no responde las preguntas más profundas del corazón. Poco a poco, una generación entera comienza a descubrir los límites de aquello en lo que había depositado toda su esperanza. Y precisamente allí aparece una extraordinaria oportunidad para el Evangelio del Reino.

No porque la Iglesia posea respuestas nacidas de su propia sabiduría, sino porque continúa anunciando a Aquel que dijo: ***“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba...”*** Cada vez que un creyente comprende esta verdad, deja de mirar el mundo únicamente como un escenario de oscuridad para comenzar a verlo como el lugar donde el Padre continúa buscando a Sus hijos.

Detrás de cada historia quebrada puede existir un nuevo encuentro junto al pozo de Samaria. Detrás de cada

corazón desilusionado puede esconderse una persona preparada para descubrir finalmente que la Fuente jamás dejó de brotar.

Por eso la esperanza de la Iglesia nunca depende de los cambios culturales ni de las circunstancias históricas. Nuestra esperanza descansa sobre el carácter inmutable de Cristo. Él sigue siendo el mismo que caminó por las aldeas de Galilea, el mismo que lloró delante de la tumba de Lázaro, el mismo que extendió Su mano hacia los leprosos y el mismo que permaneció sentado junto a un pozo esperando pacientemente la llegada de una mujer cuya vida parecía haber agotado todas las posibilidades.

La Fuente continúa abierta, la invitación permanece vigente, y el mundo sigue teniendo sed. Éste es, quizá, el momento de mayor responsabilidad para la Iglesia, pero también el de mayor privilegio. Porque nunca resulta tan hermosa una fuente como cuando el desierto parece extenderse hasta el horizonte. Nunca resplandece tanto la gracia como cuando el hombre descubre finalmente que ninguna de sus cisternas pudo ofrecerle la vida que durante tanto tiempo buscó.

Y es precisamente allí donde nuestro recorrido llega a su última etapa. Después de haber contemplado la sed del mundo y la fidelidad inquebrantable de la Fuente, sólo queda escuchar una vez más la invitación con la que Dios ha acompañado a la humanidad desde el comienzo de la historia.

Una invitación que atraviesa toda la Escritura, desde el río que regaba el Edén hasta el río de agua de vida que brota del trono de Dios y del Cordero. Porque la historia de la redención nunca fue simplemente la historia de hombres que buscaron a Dios. Fue, sobre todo, la historia de un Dios que jamás dejó de buscar a los sedientos.

## Capítulo dieciséis

### **LA FUENTE SIGUE ABIERTA**

Cuando un viajero atraviesa durante largos días una región desértica, llega un momento en que toda su atención comienza a concentrarse en una sola necesidad. El paisaje pierde importancia, el cansancio deja de ocupar el primer lugar y aun las preocupaciones más urgentes parecen desvanecerse. Toda la existencia se resume entonces en una única pregunta: ¿dónde encontrar agua?

Quizá ésta sea la imagen que mejor describe la condición espiritual del ser humano. A lo largo de este libro hemos contemplado hombres y mujeres intentando apagar esa sed mediante cisternas de muy diversas formas. Algunas parecían prometedoras; otras resultaban claramente insuficientes desde el comienzo. Sin embargo, todas compartían una misma limitación: ninguna podía producir la vida que el corazón necesitaba. Y, sin embargo, mientras el hombre continuaba cavando una cisterna tras otra, Dios jamás dejó de acercarse la Fuente.

Ésta es, probablemente, la verdad más conmovedora de toda la historia de la redención. Si observamos

atentamente las Escrituras, descubriremos que el verdadero protagonista nunca ha sido la capacidad del hombre para buscar a Dios. El protagonista siempre ha sido un Dios que, generación tras generación, salió al encuentro de quienes se habían extraviado.

Todo comenzó en un huerto. Antes de que el pecado entrara en el mundo, un río salía del Edén para regar la tierra que el Señor había preparado para el hombre (**Génesis 2:10**). No era solamente un detalle geográfico. Desde las primeras páginas de la Biblia, el agua aparece como una expresión de la abundancia de la vida que procede de Dios. Allí donde el Creador reina, la vida fluye.

Cuando el pecado alteró aquel orden perfecto, el hombre fue expulsado del huerto, pero Dios no abandonó Su propósito. Siglos más tarde, en medio del desierto, cuando el pueblo de Israel experimentó la dureza de una tierra incapaz de ofrecer agua, el Señor hizo brotar un manantial de una roca aparentemente estéril (**Éxodo 17:6**). El desierto demostraba la incapacidad del hombre para producir vida; la roca revelaba la capacidad de Dios para crearla donde parecía imposible.

Mucho tiempo después, cuando Israel ya habitaba la tierra prometida, Jeremías escuchó el lamento del Señor: *“Me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua”* (**Jeremías 2:13**). Aquellas palabras nos permitieron comprender el verdadero drama del pecado. No consistía solamente en

quebrantar mandamientos. El pecado era abandonar la Fuente para intentar vivir de aquello que jamás podría sostener la vida. Pero Dios no permitió que la historia terminara allí.

Cuando llegó el cumplimiento del tiempo, el Verbo se hizo carne y caminó por los mismos caminos polvorientos que habían recorrido tantas generaciones sedientas. Y un día, junto a un pozo de Samaria, la Fuente misma se sentó a esperar la llegada de una mujer que ya había agotado todas sus cisternas. ¡Qué extraordinaria escena!

La humanidad había pasado siglos intentando alcanzar a Dios. Ahora era Dios quien esperaba pacientemente al hombre. Jesús no llevó simplemente un nuevo mensaje religioso, no presentó un sistema más perfecto, no vino a mejorar las antiguas cisternas. Él mismo se presentó como el Agua de Vida (**Juan 4:14**).

Aquella promesa continúa resonando hoy con la misma fuerza con la que fue pronunciada hace dos mil años. Porque Cristo nunca habló únicamente para aquella mujer. Sus palabras atravesaron los siglos para alcanzar a cada generación que continúa experimentando la misma sed.

Más adelante, durante la fiesta de los tabernáculos, levantó nuevamente Su voz delante de la multitud y proclamó: ***“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”*** (**Juan 7:37**). Resulta difícil encontrar una invitación más sencilla. No exige méritos, no establece condiciones imposibles, no distingue entre quienes han cavado pocas cisternas y quienes

han pasado toda una vida buscándolas. Simplemente dice: “Venga”.

Éste ha sido siempre el lenguaje de la gracia. La religión suele decir: “Haz”. Cristo dice: “Ven”. La religión coloca el peso sobre las fuerzas del hombre. El Evangelio coloca toda la esperanza sobre la suficiencia del Salvador.

Quizá, mientras recorren estas últimas páginas, hayan comenzado a reconocer algunas de las cisternas que durante años ocuparon el lugar de la Fuente. Tal vez hayan descubierto que el éxito no logró darles la paz que prometía, que el reconocimiento nunca consiguió responder las preguntas más profundas del corazón o que incluso sus propias vidas religiosas habían comenzado lentamente a reemplazar la sencillez de la comunión con Cristo.

Si así fuera, deseo que recuerden una verdad que atraviesa silenciosamente todo este libro. Dios nunca reveló nuestras cisternas para avergonzarnos. Las mostró para invitarnos nuevamente a la Fuente. Ése ha sido siempre el propósito de la gracia. El Padre no señala nuestra sed para burlarse de ella, la señala porque conoce el agua que puede saciarla. Por eso el Evangelio jamás termina en la denuncia, siempre termina en una invitación.

Quizá ésta sea la razón por la cual la Biblia concluye exactamente como comenzó. En las últimas páginas del Apocalipsis aparece nuevamente un río. ***“Y me mostró un río***

***limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero” (Apocalipsis 22:1).***

No deja de conmoverme este detalle. La historia comenzó con un río y termina con un río. Comenzó con un Dios compartiendo Su vida con el hombre, y concluye con un Dios cuya vida continúa fluyendo para siempre. Nada ha podido detener esa corriente. Ni el pecado, ni la rebelión, ni la idolatría, ni las innumerables cisternas que el hombre cavó a lo largo de la historia.

La Fuente continúa brotando. Y, como si el Señor quisiera asegurarse de que nadie abandonara las Escrituras sin escuchar una última vez Su corazón, la Biblia concluye con una invitación extraordinaria: ***“Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17).***

Observemos cuidadosamente quiénes pronuncian esa invitación. La pronuncia el Espíritu, la pronuncia la Esposa. El cielo entero continúa llamando a los sedientos. Ésta es la misión que ahora pertenece también a la Iglesia. No anunciar nuestras propias ideas, no invitar a los hombres hacia nuestras cisternas, no convertirnos en el centro de la atención.

Nuestra tarea consiste simplemente en unir nuestra voz a la del Espíritu y seguir diciendo al mundo: “Ven”. Ven a la Fuente. Ven al Cristo que nunca rechazó a un sediento. Ven al Cordero que continúa ofreciendo gratuitamente aquello

que nadie puede comprar. Ven al Señor cuya gracia sigue siendo mayor que todas nuestras búsquedas equivocadas. Quizá ésta sea la enseñanza más importante que el Espíritu Santo ha querido dejarnos a lo largo de estas páginas.

Las cisternas continuarán apareciendo mientras exista esta generación. Siempre existirán nuevas promesas, nuevas ofertas, nuevos sustitutos, pero ninguna de ellas podrá apagar la sed para la cual el hombre fue creado. Sólo Cristo permanece, sólo Él continúa siendo la Fuente de aguas vivas, sólo Él posee palabras de vida eterna, sólo Él puede hacer brotar un río dentro del corazón humano.

Precisamente por eso el futuro de la Iglesia jamás depende de la creatividad con que logre competir con las cisternas del mundo. Depende únicamente de permanecer unida a la Fuente. Mientras Cristo continúe ocupando el centro, siempre habrá agua para los sedientos, gracia para los pecadores, esperanza para los quebrantados y vida para quienes todavía caminan por el desierto.

Cuando comenzamos este recorrido contemplamos el dolor de Dios al ver que Su pueblo había abandonado la Fuente. Ahora terminamos contemplando algo infinitamente más grande. Descubrimos que la Fuente nunca abandonó a Su pueblo, porque la fidelidad del hombre puede agotarse, las cisternas pueden romperse, las promesas de este mundo pueden desmoronarse, pero el amor del Señor permanece para siempre. Y mientras exista un solo corazón dispuesto a reconocer su sed, la Fuente seguirá abierta.

# CONCLUSIÓN

¿De dónde estamos bebiendo hoy?

Al llegar a las últimas páginas de este libro, quisiera dejar por un momento el lugar del maestro para hablarles simplemente como un hermano que también ha conocido la sed y que, una y otra vez, ha necesitado regresar a la misma Fuente.

Quizá mientras recorrían estas páginas hubo momentos en los que se vieron reflejados en la historia de Israel, descubriendo que es posible conocer a Dios y, sin embargo, permitir que otras realidades ocupen lentamente el lugar que solamente le corresponde a Él. Tal vez se identificaron con algunas de las cisternas que hemos mencionado y reconocieron que, sin proponérselo, comenzaron a buscar en ellas la paz, la seguridad, la identidad o el descanso que únicamente Cristo puede ofrecer.

O quizá recordaron a la mujer samaritana y comprendieron que, detrás de muchas de las búsquedas que marcaron sus vidas, siempre existió una necesidad mucho más profunda: la necesidad de volver al Padre.

Si algo deseo que permanezca en sus corazones después de terminar esta lectura, no es el recuerdo de las cisternas. Ellas nunca fueron el verdadero centro de este libro. Solamente aparecieron para poner en evidencia una realidad infinitamente más gloriosa: “la fidelidad de Dios”.

Porque, si algo atraviesa toda la historia de la redención, no es la constancia del hombre, sino la perseverancia del amor divino. Nosotros cambiamos con facilidad. Nos distraemos, nos debilitamos y, muchas veces, terminamos buscando satisfacción donde jamás podremos encontrarla. Pero el Señor permanece inalterable. Su gracia continúa siendo mayor que nuestras desviaciones y Su llamado sigue escuchándose con la misma ternura con la que resonó desde el principio.

Mientras escribía estas páginas, una convicción fue creciendo silenciosamente dentro de mí. Comprendí que toda la Biblia puede leerse como la historia de una Fuente que nunca dejó de buscar a los sedientos. Desde el río que regaba el huerto del Edén hasta el río de agua de vida que brota del trono de Dios y del Cordero en el libro de Apocalipsis, las Escrituras nos presentan a un Dios que jamás renunció a compartir Su vida con el hombre.

Incluso cuando nosotros elegimos cavar nuestras propias cisternas, Él continuó acercándose. Lo hizo por medio de los profetas, lo hizo mediante Su Hijo y lo sigue haciendo hoy por la obra silenciosa del Espíritu Santo, que continúa llamando a cada corazón a regresar a la comunión para la cual fue creado.

Por eso quisiera hacerles una invitación muy sencilla. No cierren este libro pensando únicamente en las ideas que han leído. Permitan que el Espíritu Santo transforme estas reflexiones en una conversación personal. Pregúntenle con

sinceridad si existe alguna cisterna que haya comenzado a ocupar el lugar de la Fuente. No lo hagan con temor, como quien espera una acusación, sino con la confianza de un hijo que sabe que el Padre jamás revela una herida para humillar, sino para sanar. Dios nunca pone en evidencia aquello que desea destruir en nosotros; lo hace para darnos algo infinitamente mejor.

Quizá descubran que la cisterna no es necesariamente un pecado evidente. Tal vez sea una preocupación que ha crecido desmedidamente, un ministerio que comenzó a ocupar el centro de nuestra identidad, un proyecto legítimo que terminó absorbiendo nuestro corazón o incluso una antigua experiencia espiritual de la que hemos vivido durante demasiado tiempo sin volver a beber del Señor en el presente.

Cualquiera sea el caso, recordemos que el problema nunca estuvo solamente en la cisterna. El verdadero peligro siempre consistió en alejarnos de la Fuente. Y la buena noticia del Evangelio del Reino es que el camino de regreso permanece abierto.

No necesitamos fabricar una nueva vida. No tenemos que convencer a Dios para que vuelva a recibirnos. No debemos construir otra cisterna más sofisticada ni hacer promesas nacidas de nuestras propias fuerzas. Cristo sigue diciendo exactamente lo mismo que dijo junto al pozo de Samaria y durante la fiesta de los tabernáculos: ***“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba...”***

Esa invitación conserva hoy la misma fuerza que tenía cuando salió de Sus labios, porque descansa sobre el carácter inmutable de Aquel que *“es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos...”* (Hebreos 13:8).

Quizá ése sea el mayor descanso que puede experimentar el corazón humano: descubrir que nuestra esperanza no depende de la firmeza con que logramos aferrarnos a Dios, sino de la fidelidad con que Él continúa sosteniéndonos.

A lo largo de los años podremos atravesar estaciones de abundancia y de escasez, tiempos de claridad y momentos de confusión, épocas de profundo gozo y otras marcadas por el dolor. Sin embargo, por debajo de todas esas circunstancias seguirá corriendo el mismo río de gracia que nace en el corazón del Padre y encuentra su expresión perfecta en Jesucristo. La Fuente nunca deja de brotar porque su origen no se encuentra en nuestra fidelidad, sino en la Suya.

Si alguna vez vuelven a sentir sed, y probablemente ocurrirá, porque seguimos caminando en un mundo que constantemente nos ofrece nuevas cisternas, no olviden el camino que hemos recorrido juntos.

No inviertan sus fuerzas cavando un nuevo depósito. No permitan que el desengaño les convenza de que ya no hay esperanza para ustedes. Vuelvan simplemente a la Fuente. Allí encontrarán nuevamente el perdón que restaura, la gracia

que fortalece, la paz que guarda el corazón, la verdad que libera y la vida que solamente Cristo puede impartir.

Y cuando vuelvan a beber de Él, no guarden esa agua para ustedes. Permitan que fluya hacia sus familiares, hacia sus amigos, hacia sus congregaciones y hacia todos aquellos que el Señor ponga en sus caminos. El mundo continúa teniendo sed, y quizá muchas personas nunca escuchen un sermón ni lean un libro como éste, pero sí podrán encontrarse con un creyente cuya vida refleje la frescura de quien ha aprendido a vivir diariamente junto a la Fuente.

Si ese llega a ser el fruto de estas páginas, sentiré que el propósito con el cual fueron escritas habrá sido ampliamente cumplido. No porque hayan admirado una enseñanza, sino porque habrán vuelto a mirar a Cristo con un amor renovado. Al fin y al cabo, ésa ha sido siempre la intención de todo cuanto el Espíritu Santo inspiró en las Escrituras: conducirnos una y otra vez hacia el Hijo de Dios, para que en Él encontremos la vida que jamás pudo brotar de ninguna cisterna.

Que, cuando cierren este libro, no permanezcan en sus mentes las grietas de las cisternas, sino el rumor inagotable de la Fuente. Y que ese sonido, silencioso pero constante, acompañe sus caminos cada día, recordándoles que el Señor sigue llamando con la misma gracia de siempre y que, mientras exista un corazón dispuesto a reconocer su sed, las aguas de la vida continuarán fluyendo gratuitamente para todo aquel que quiera beber.

# RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

**Pastor y maestro**  
*Oswaldo Rebolleda*

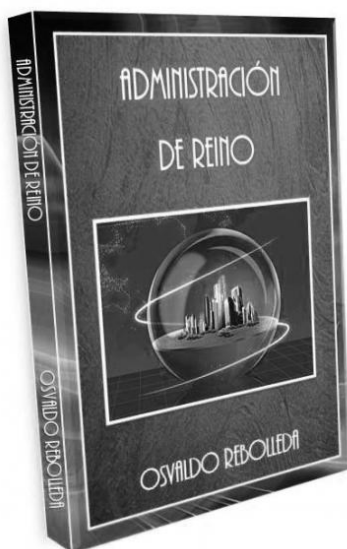


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

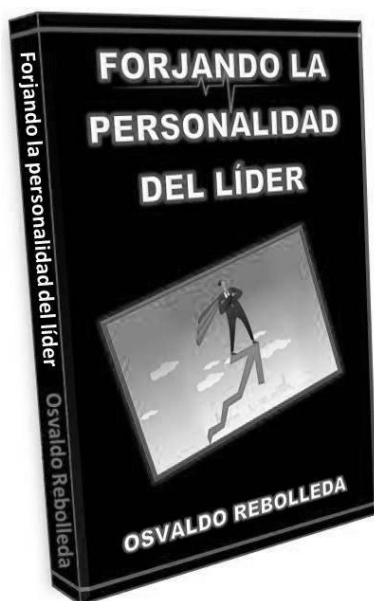
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)  
Y ministra de manera itinerante en Argentina  
Y hasta lo último de la tierra.

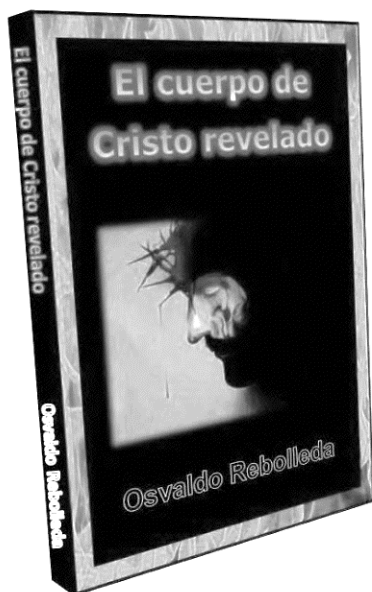
[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

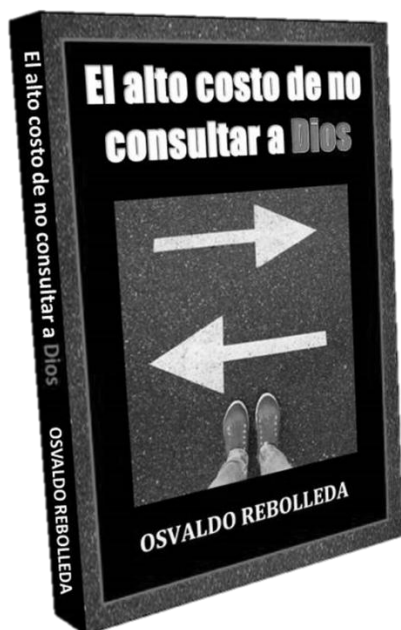


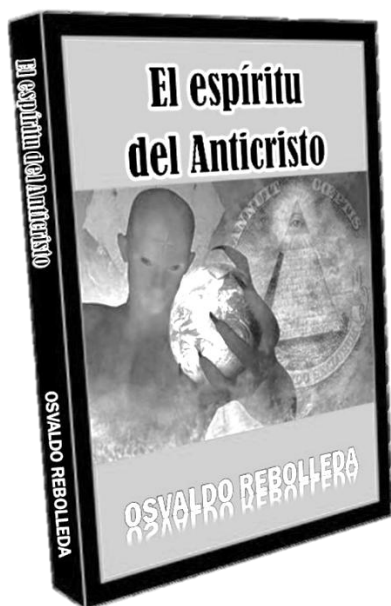
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



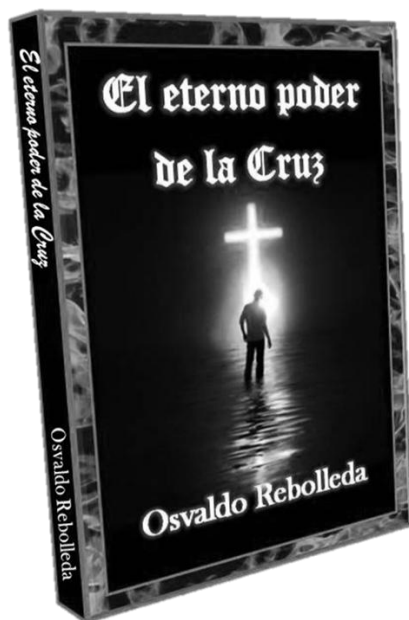
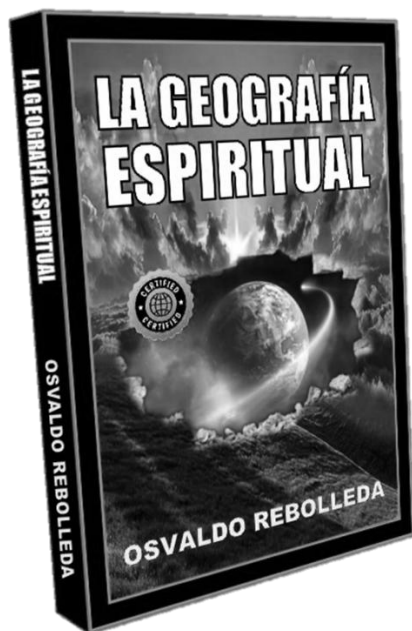


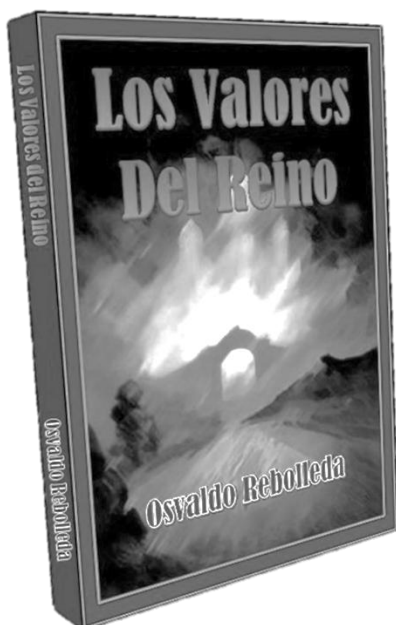
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

